



Simone de Beauvoir

El segundo sexo

ePub r1.0

KayleighBCN 01.09.16

Título original: *Le deuxième sexe*
Simone de Beauvoir, 1949
Traducción: Alicia Martorell
Diseño de cubierta: aderal

Editor digital: KayleighBCN
ePub base r1.2



El segundo sexo
I
Los hechos y los mitos

A Jacques Bost

Hay un principio bueno que ha creado el orden, la luz y el hombre, y un principio malo que ha creado el caos, las tinieblas y la mujer.

PITÁGORAS

Todo cuanto han escrito los hombres sobre las mujeres debe ser sospechoso, pues son a un tiempo juez y parte.

POULAIN DE LA BARRE

Introducción

He dudado mucho antes de escribir un libro sobre la mujer. Es un tema irritante, sobre todo para las mujeres, y no es ninguna novedad. La polémica del feminismo ha hecho correr tinta suficiente, y ahora está prácticamente cerrada: punto en boca. Y sin embargo, seguimos hablando de ello. Y no parece que las voluminosas tonterías proferidas durante este último siglo hayan arrojado alguna luz sobre el problema. Además, ¿hay algún problema? ¿Cuál es? ¿Acaso hay mujeres? Efectivamente, la teoría del eterno femenino sigue contando con adeptos que susurran: «Hasta en Rusia, las mujeres siguen siendo mujeres»; otras personas bien informadas —que suelen ser las mismas— suspiran: «La mujer se pierde, la mujer se ha perdido». Ya no sabemos demasiado si sigue habiendo mujeres, si las habrá siempre, si es deseable o no, qué lugar ocupan en este mundo, qué lugar deberían ocupar. «¿Dónde están las mujeres?», preguntaba hace poco una revista de publicación irregular^[1]. Para empezar: ¿qué es una mujer? «*Tota mulier in utero*: es una matriz», dicen unos. Sin embargo, cuando hablan de algunas mujeres, los entendidos decretan: «No son mujeres», aunque tengan un útero como todas las demás. Todo el mundo está de acuerdo en reconocer que en la especie humana hay hembras; constituyen, ahora como siempre, aproximadamente la mitad de la humanidad; sin embargo, se nos dice que «la feminidad está en peligro»; nos exhortan: «Sed mujeres, siempre mujeres, más mujeres». Por lo tanto, no todo ser humano hembra es necesariamente una mujer; necesita participar de esta realidad misteriosa y amenazada que es la feminidad. ¿Se trata de algo que segregan los ovarios? ¿Está colgada del cielo de Platón? ¿Bastarán unas enaguas susurrantes para que baje a la tierra? Aunque algunas mujeres se afanen en encarnarlo, el modelo nunca ha sido patentado. Se suele describir en términos vagos y relumbrantes que parecen tomados del vocabulario de las videntes. En tiempos de Santo Tomás, se presentaba como una esencia definida con tanta seguridad como las virtudes somníferas de la adormidera. Sin embargo, el conceptualismo ha perdido terreno: las ciencias biológicas y sociales ya no creen en la existencia de entidades fijadas de forma inmutable que definan caracteres dados como los de la mujer, el judío o el negro; consideran que el carácter es una reacción secundaria ante una *situación*. Si ya no hay feminidad, será porque nunca la hubo. ¿Quiere eso decir que la palabra «mujer» no tiene ningún contenido? Es lo que afirman enérgicamente los partidarios de la filosofía de la ilustración, del racionalismo, del nominalismo: las mujeres son aquellos seres humanos que reciben arbitrariamente el nombre de «mujer»; en particular, los estadounidenses suelen pensar que la mujer como tal es algo improcedente; si alguna retrasada se sigue considerando una mujer, sus amigas le aconsejan que se psicoanalice con el fin de librarse de esta obsesión. A propósito de una obra, por otra parte muy irritante, titulada *Modern Woman: a lost sex*, Dorothy Parker escribió: «No puedo ser justa con

los libros que se ocupan de la mujer como mujer... Yo creo que todos, hombres y mujeres, no importa, debemos ser considerados seres humanos». Sin embargo, el nominalismo es una doctrina un tanto limitada, y los antifeministas tienen muy fácil la demostración de que las mujeres no *son* hombres. Es evidente que la mujer es un ser humano como el hombre, pero una afirmación de este tipo es abstracta; la realidad es que todo ser humano concreto siempre tiene un posicionamiento singular. Negar las nociones de eterno femenino, de alma negra, de carácter judío, no es negar que existan los judíos, los negros, las mujeres: esta negación no representa para los interesados una liberación, sino una huida engañosa. Es obvio que ninguna mujer puede pretender de buena fe situarse más allá de su sexo. Una escritora conocida se negó hace algunos años a que su retrato figurara entre una serie de fotografías consagradas precisamente a las escritoras: quería que la colocasen con los hombres, pero para obtener este privilegio utilizó las influencias de su marido. Las mujeres que afirman que son hombres no dejan de reclamar atenciones y consideración por parte de los hombres. Recuerdo también una joven trotskista de pie sobre un estrado en un mitin tormentoso que se disponía a actuar violentamente, a pesar de su evidente fragilidad; negaba su debilidad femenina, pero era por amor a un militante con el que quería estar en pie de igualdad. La actitud de desafío en la que se crisan las norteamericanas demuestra que están obsesionadas por el sentimiento de su feminidad. En realidad basta pasearse con los ojos abiertos para comprobar que la humanidad se divide en dos categorías de individuos en los que la vestimenta, el rostro, el cuerpo, la sonrisa, la actitud, los intereses, las ocupaciones son claramente diferentes; quizá estas diferencias sean superficiales, quizá estén destinadas a desaparecer. Lo que está claro es que de momento existen con una evidencia deslumbradora.

Si la función de hembra no es suficiente para definir a la mujer, si también nos negamos a explicarla por «el eterno femenino» y si no obstante aceptamos, aunque sea con carácter provisional, que existen mujeres sobre la tierra, tenemos que planteamos la pregunta de rigor: ¿qué es una mujer?

El enunciado mismo del problema me sugiere inmediatamente una primera respuesta. Es significativo que me lo plantee. A un hombre no se le ocurriría escribir un libro sobre la situación particular que ocupan los varones en la humanidad^[2]. Si me quiero definir, estoy obligada a declarar en primer lugar: «Soy una mujer»; esta verdad constituye el fondo sobre el que se dibujará cualquier otra afirmación. Un hombre nunca empieza considerándose un individuo de un sexo determinado: se da por hecho que es un hombre. Si en los registros civiles, en las declaraciones de identidad, las rúbricas hombre o mujer aparecen como simétricas es una cuestión puramente formal. La relación entre ambos sexos no es la de dos electricidades, dos polos: el hombre representa al mismo tiempo el positivo y el neutro, hasta el punto que se dice «los hombres» para designar a los seres humanos, pues el singular de la palabra *vir* se ha asimilado al sentido general de la palabra *homo*. La mujer aparece

como el negativo, de modo que toda determinación se le imputa como una limitación, sin reciprocidad. A veces me he sentido irritada en una discusión abstracta cuando un hombre me dice: «Usted piensa tal cosa porque es una mujer»; yo sabía que mi única defensa era contestar: «Lo pienso porque es verdad», eliminando así mi subjetividad; no podía replicar: «Y usted piensa lo contrario porque es un hombre», pues se da por hecho que ser un hombre no es una singularidad; un hombre está en su derecho de ser hombre, la que se equivoca es la mujer. En la práctica, igual que en la Antigüedad había una línea vertical absoluta con respecto a la cual se definía la oblicua, existe un tipo humano absoluto que es el tipo masculino. La mujer tiene ovarios, útero; son condiciones singulares que la encierran en su subjetividad; se suele decir que piensa con las glándulas. El hombre olvida olímpicamente que su anatomía también incluye hormonas, testículos. Percibe su cuerpo como una relación directa y normal con el mundo, que cree aprehender en su objetividad, mientras que considera el cuerpo de la mujer lastrado por todo lo que lo especifica: un obstáculo, una prisión. «La hembra es hembra en virtud de una determinada *carencia* de cualidades», decía Aristóteles. «Tenemos que considerar el carácter de la mujer como naturalmente defectuoso». Y Santo Tomás decreta a continuación que la mujer es un «hombre fallido», un ser «ocasional». Es lo que simboliza la historia del Génesis, donde Eva aparece como sacada, en palabras de Bossuet, de un «hueso supernumerario» de Adán. La humanidad es masculina y el hombre define a la mujer, no en sí, sino en relación con él; la mujer no tiene consideración de ser autónomo. «La mujer, el ser relativo...», escribe Michelet. Benda afirma también en *Le Rapport d'Uriel*: «El cuerpo del hombre tiene un sentido en sí mismo, al margen del cuerpo de la mujer, mientras que este último parece desvalido si no evocamos al hombre... El hombre se concibe sin la mujer. Ella no se concibe sin el hombre». Y ella no es más que lo que el hombre decida; así recibe [en francés] el nombre de «el sexo» queriendo decir con ello que para el varón es esencialmente un ser sexuado: para él, es sexo, así que lo es de forma absoluta. La mujer se determina y se diferencia con respecto al hombre, y no a la inversa; ella es lo inesencial frente a lo esencial. Él es el Sujeto, es el Absoluto: ella es la Alteridad^[3].

La categoría de *Otro* es tan originaria como la conciencia misma. En las sociedades más primitivas, en las mitologías más antiguas, encontramos siempre una dualidad que es la de lo Mismo y lo Otro; esta división no se situó en un principio bajo el signo de la división de sexos, no depende de ningún dato empírico: es lo que se deduce, por ejemplo, de los trabajos de Granet sobre el pensamiento chino, de los de Dumézil sobre India y Roma. En los binomios Varuna-Mitra, Urano-Zeus, Sol-Luna, Día-Noche, no está implicado en principio ningún elemento femenino, como tampoco en la oposición del Bien y el Mal, de los principios fastos o nefastos, de la derecha y de la izquierda, de Dios y de Lucifer; la alteridad es una categoría fundamental del pensamiento humano. Ningún colectivo se define nunca como Uno sin enunciar inmediatamente al Otro frente a sí. Basta que tres viajeros se reúnan por

azar en un mismo compartimento para que el resto de los viajeros se conviertan en «otros» vagamente hostiles. Para el aldeano, todas las personas que no pertenecen a su aldea son «otros» sospechosos; para el nativo de un país, los habitantes de países que no son el suyo aparecen como «extranjeros»; los judíos son «otros» para el antisemita, los negros para los racistas norteamericanos, los indígenas para los colonos, los proletarios para las clases pudientes. Al cabo de un estudio profundo sobre las diferentes figuras de las sociedades primitivas, Lévi-Strauss concluyó: «El paso del estado de Naturaleza al de Cultura se define por la aptitud que tiene el hombre para concebir las relaciones biológicas en forma de sistemas de oposiciones: la dualidad, la alternancia, la oposición y la simetría, presentadas en formas definidas o imprecisas, no son tanto fenómenos que hay que explicar como imperativos fundamentales e inmediatos de la realidad social»^[4]. Estos fenómenos no se pueden entender si la realidad humana se considera exclusivamente un *mitsein* basado en la solidaridad y en la amistad. Por el contrario, se aclaran inmediatamente si, siguiendo a Hegel, descubrimos en la propia conciencia una hostilidad fundamental respecto a cualquier otra conciencia; el sujeto sólo se afirma cuando se opone: pretende enunciarse como esencial y convertir al otro en inesencial, en objeto.

Sin embargo, la otra conciencia le plantea una pretensión recíproca: cuando viaja, el nativo advierte escandalizado que en los países vecinos existen nativos que le miran a su vez como extranjero; entre aldeas, clanes, naciones, clases, hay guerras, *potlatches*, negociaciones, tratados, luchas que privan a la idea de *Alteridad* de su sentido absoluto y descubren su relatividad; de grado o por fuerza, los individuos y grupos están obligados a reconocer la reciprocidad de sus relaciones. ¿Cómo es posible entonces que entre los sexos esta reciprocidad no se haya planteado, que uno de los términos se haya afirmado como el único esencial, negando toda relatividad con respecto a su correlato, definiéndolo como alteridad pura? ¿Por qué las mujeres no cuestionan la soberanía masculina? Ningún sujeto se enuncia, de entrada y espontáneamente, como inesencial; lo Otro, al definirse como Otro, no define lo Uno: pasa a ser lo Otro cuando lo Uno se posiciona como Uno. Sin embargo, cuando no se opera esta inversión de Otro en Uno, será porque existe un sometimiento a este punto de vista ajeno. ¿De dónde viene en la mujer esta sumisión?

Existen otros casos en los que, durante un tiempo más o menos largo, una categoría consigue dominar de forma absoluta a otra. En general, este privilegio se debe a la desigualdad numérica: la mayoría impone su ley a la minoría o la persigue. Sin embargo, las mujeres no son una minoría, como los negros estadounidenses o como los judíos: hay tantas mujeres como hombres sobre la tierra. A menudo, los dos grupos enfrentados habían sido antes independientes: se ignoraban en un principio, o cada cual admitía la autonomía del otro, hasta que un acontecimiento histórico subordinaba el más débil al más fuerte: la diáspora judía, la introducción de la esclavitud en América, las conquistas coloniales, son acontecimientos fechados. En estos casos, para los oprimidos hubo un *antes*: tienen en común un pasado, una

tradición, a menudo una religión, una cultura. En este sentido consideramos pertinente la relación que estableció Bebel entre las mujeres y el proletariado: los proletarios tampoco están en inferioridad numérica y nunca constituyeron un colectivo separado. No obstante, a falta de *un* acontecimiento, un desarrollo histórico explica su existencia como clase y da cuenta de la distribución de *estos* individuos en esta clase. No siempre hubo proletarios, pero siempre ha habido mujeres; lo son por su estructura fisiológica; por mucho que nos remontemos en la historia, siempre han estado subordinadas al hombre: su dependencia no es la consecuencia de un acontecimiento o de un devenir, no ha *acontecido*. En parte porque escapa al carácter accidental del hecho histórico, la alteridad se nos presenta aquí como un absoluto. Una situación que se ha creado a través del tiempo puede deshacerse en otro tiempo: por ejemplo, los negros de Haití lo han demostrado; sin embargo, al parecer una condición natural es obstáculo para el cambio. En realidad, la naturaleza no es un hecho inmutable, como tampoco lo es la realidad histórica. Si la mujer se descubre como lo inesencial que nunca se convierte en esencial, es porque no opera ella misma esa inversión. Los proletarios dicen «nosotros». Los negros también. Al afirmarse como sujetos, transforman en «otros» a los burgueses, a los blancos. Las mujeres —salvo en algunos congresos que no pasan de manifestaciones abstractas— no dicen «nosotras»; los hombres dicen «las mujeres» y ellas retoman estas palabras para autodesignarse, pero no se afirman realmente como Sujetos. Los proletarios hicieron la revolución en Rusia, los negros en Haití, los indochinos luchan en Indochina: la acción de las mujeres nunca ha pasado de ser una agitación simbólica, sólo han ganado lo que los hombres han tenido a bien concederles; ellas no han tomado nada: han recibido^[5]. Es porque no tienen medios concretos para agruparse en una unidad que se afirme al oponerse. No tienen pasado, historia, religión propias; tampoco tienen como los proletarios una solidaridad de trabajo y de intereses; ni siquiera existe entre ellas esa promiscuidad espacial que convierte a los negros de América, a los judíos de los guetos, a los obreros de Saint-Denis o de las fábricas Renault en una comunidad. Viven dispersas entre los hombres, vinculadas más estrechamente por el hábitat, el trabajo, los intereses económicos, la condición social, a algunos hombres —padre o marido— que a otras mujeres. Las burguesas son solidarias de los burgueses y no de las mujeres proletarias; las blancas de los hombres blancos y no de las mujeres negras. El proletariado podría proponerse masacrar a la clase dirigente; un judío o un negro fanáticos podrían soñar con acaparar el secreto de la bomba atómica y crear una humanidad totalmente judía, totalmente negra: la mujer, ni en sueños puede pensar en exterminar a los varones. El vínculo que la une a sus opresores no se puede comparar con ningún otro. La división de los sexos es un hecho biológico, no un momento de la historia humana. Su oposición se ha dibujado en el seno de un *mitsein* original y ella no la ha borrado. La pareja es una unidad fundamental cuyas dos mitades están adosadas la una a la otra: no es posible dividir la sociedad por sexos. Esto es lo que caracteriza fundamentalmente a la mujer: es la

Alteridad en el corazón de una totalidad en la que los dos términos son necesarios el uno al otro.

Podríamos pensar que esta reciprocidad debería haber facilitado su liberación; cuando Hércules hila la lana a los pies de Onfalia, su deseo lo encadena: ¿Por qué Onfalia no consigue un poder duradero? Para vengarse de Jasón, Medea mata a sus hijos: esta leyenda salvaje sugiere que la mujer habría podido convertir en ascendente temible el vínculo que la une al hijo. Aristófanes imaginó jocosamente en *Lisístrata* una asamblea de mujeres en la que éstas tratan de explotar en común con fines sociales la necesidad que los hombres tienen de ellas, pero sólo es una comedia. La leyenda que pretende que las sabinas raptadas opusieron a sus raptores una esterilidad pertinaz, también dice que al golpearlas con correas de cuero los hombres acabaron mágicamente con su resistencia. Las necesidades biológicas —deseo sexual y deseo de una posteridad— que hacen que el macho dependa de la hembra no han liberado socialmente a la mujer. El amo y el esclavo también están unidos por una necesidad económica recíproca que no libera al esclavo. Ello se debe a que en la relación entre el amo y el esclavo, el amo no *plantea* la necesidad que tiene del otro, tiene poder para satisfacerla y no la mediatiza; por el contrario, el esclavo, desde su estado de dependencia, esperanza o miedo, interioriza la necesidad que tiene del amo; la urgencia de la necesidad, aunque sea igual en ambos, siempre favorece al opresor frente al oprimido: es lo que explica que la liberación de la clase obrera, por ejemplo, haya sido tan lenta. La mujer siempre ha sido, si no la esclava del hombre, al menos su vasalla; los dos sexos nunca han compartido el mundo en pie de igualdad; incluso en nuestros días, aunque su condición esté evolucionando, la mujer sufre grandes desventajas. En casi ningún país del mundo tiene un estatuto legal idéntico al del hombre, y en muchos casos su desventaja es considerable. Incluso cuando se le reconocen unos derechos abstractos, un hábito arraigado hace que no encuentren expresión concreta en las costumbres. Económicamente, hombres y mujeres constituyen casi dos castas; en igualdad de condiciones, los primeros tienen situaciones más ventajosas, salarios más elevados, más oportunidades de triunfar que sus competidoras recientes; los hombres ocupan en la industria, la política, etc., mayor número de puestos y siempre son los más importantes. Además de los poderes concretos con los que cuentan, llevan un halo de prestigio cuya tradición se mantiene en toda la educación del niño: el presente envuelve al pasado, y en el pasado, toda la historia ha sido realizada por los varones. En el momento en que las mujeres empiezan a participar en la elaboración del mundo, sigue siendo un mundo que pertenece a los hombres: a ellos no les cabe ninguna duda, y a ellas apenas. Negarse a ser Alteridad, rechazar la complicidad con el hombre sería para ellas renunciar a todas las ventajas que les puede procurar la alianza con la casta superior. El hombre soberano protegerá materialmente a la mujer súbdita y se encargará de justificar su existencia: además del riesgo económico evita el riesgo metafísico de una libertad que debe inventar sus propios fines sin ayuda. Junto a la pretensión de todo individuo

de afirmarse como sujeto, que es una pretensión ética, también está la tentación de huir de su libertad y convertirse en cosa; se trata de un camino nefasto, porque pasivo, alienado, perdido, es presa de voluntades ajenas, queda mutilado en su trascendencia, frustrado de todo valor. Sin embargo, es un camino fácil: se evita así la angustia y la tensión de la existencia auténticamente asumida. El hombre que considera a la mujer como una *Alteridad* encontrará en ella profundas complicidades. De esta forma, la mujer no se reivindica como sujeto, porque carece de medios concretos para hacerlo, porque vive el vínculo necesario que la ata al hombre sin plantearse una reciprocidad, y porque a menudo se complace en su alteridad.

Inmediatamente se plantea una pregunta: ¿cómo ha empezado toda esta historia? Se puede comprender que la dualidad de los sexos, como toda dualidad, se traduzca en un conflicto. Se puede entender que si uno de ellos consiguiera imponer su superioridad, debería tratarse de una superioridad absoluta. Falta explicar por qué ganó el hombre desde un principio. Las mujeres podrían haber vencido, o la victoria podría haber quedado en el aire. ¿De dónde viene que este mundo siempre haya pertenecido a los hombres y que sólo ahora empiecen a cambiar las cosas? ¿Este cambio es un bien? ¿Llevará o no a un reparto igualitario del mundo entre hombres y mujeres?

Estas preguntas no son ninguna novedad; ya se les han dado muchísimas respuestas, pero precisamente el mero hecho de que la mujer sea *Alteridad* cuestiona todas las justificaciones que los hombres hayan podido encontrar: estaban obviamente dictadas por su interés. «Todo lo que han escrito los hombres sobre las mujeres es digno de sospecha, porque son a un tiempo juez y parte», dijo en el siglo XVIII Poulain de la Barre, feminista poco conocido. En todas partes, en todas las épocas, los varones han proclamado a los cuatro vientos la satisfacción que les produce sentirse reyes de la creación. «Bendito sea Dios nuestro Señor y Señor de todos los mundos porque no me ha hecho mujer», dicen los judíos en sus oraciones matinales; mientras tanto, sus esposas murmuran con resignación: «Bendito sea el Señor que me ha creado según su voluntad». Entre todas las bondades que Platón agradecía a los dioses, la primera era que le hubieran creado libre y no esclavo; la segunda, hombre y no mujer. Sin embargo, los varones no hubieran podido gozar plenamente de este privilegio si no hubieran considerado sus fundamentos como absolutos y eternos: han tratado de convertir su supremacía en un derecho. «Los que hicieron y compilaron las leyes eran hombres, por lo que favorecieron a su sexo, y los jurisconsultos convirtieron las leyes en principios», dice también Poulain de la Barre. Legisladores, sacerdotes, filósofos, escritores, sabios, se afanaron en demostrar que la condición subordinada de la mujer era grata al cielo y provechosa en la tierra. Las religiones forjadas por los hombres reflejan esta voluntad de dominio: encontraron armas en las leyendas de Eva, de Pandora. Pusieron la filosofía, la teología a su servicio, como hemos visto en las frases de Aristóteles, de Santo Tomás que hemos citado. Desde la Antigüedad, satíricos y moralistas representaron con gusto las

debilidades femeninas. Son conocidos los violentos alegatos en su contra que se encuentran en la literatura francesa: Montherlant resucita con menor brillantez la tradición de Jean de Meung. Esta hostilidad parece algunas veces justificada, a menudo gratuita; en realidad, esconde una voluntad de autojustificación más o menos diestramente enmascarada. «Es más fácil acusar a un sexo que excusar al otro», dice Montaigne. En algunos casos, el proceso es evidente. Por ejemplo, es curioso que el código romano, para limitar los derechos de la mujer, invoque «la imbecilidad, la fragilidad del sexo» en un momento en que, por debilitamiento de la familia, la mujer se convierte en un peligro para los herederos de sexo masculino. Es curioso que en el siglo XVI, para mantener la tutela sobre la mujer casada, se apele a la autoridad de San Agustín, que declara que «la mujer es una bestia que no es sólida ni estable», mientras que se considera a la soltera capacitada para administrar sus bienes. Montaigne entendió perfectamente la arbitrariedad y la injusticia de la suerte que le cabe a la mujer: «Las mujeres no se equivocan cuando rechazan las reglas que se introducen en el mundo, sobre todo porque los hombres las hicieron sin ellas. Es natural que haya intrigas y pependencias entre ellas y nosotros». A pesar de todo, no llega a convertirse en su adalid. Ya en el siglo XVIII, hombres profundamente demócratas empiezan a plantearse la cuestión con objetividad. Diderot, entre otros, se dedica a demostrar que la mujer es, como el hombre, un ser humano. Un poco más tarde, Stuart Mill la defiende con ardor. Sin embargo, la imparcialidad de estos filósofos es excepcional. En el siglo XIX, la polémica del feminismo se convierte en una lucha de facciones; una de las consecuencias de la revolución industrial es la participación de la mujer en el trabajo productivo: en ese momento, las reivindicaciones feministas salen del campo teórico y encuentran unas bases económicas, con lo que sus adversarios se vuelven más agresivos; aunque la propiedad raíz haya sido destronada en parte, la burguesía se aferra a la vieja moral que ve en la solidez de la familia una garantía de la propiedad privada: exige que la mujer se quede en casa con una agresividad proporcional a la amenaza que supone su emancipación; en el seno mismo de la clase obrera, los hombres trataron de frenar esta liberación, porque veían en las mujeres peligrosas competidoras, sobre todo al estar acostumbradas a trabajar por bajos salarios^[6]. Para probar la inferioridad de la mujer, los antifeministas apelaron, no sólo, como antes, a la religión, la filosofía, la teología, sino también a la ciencia: biología, psicología experimental, etc. Como mucho, se concedía al *otro* sexo «la igualdad dentro de la diferencia». Esta fórmula, que tuvo tanto éxito, es muy significativa: es exactamente lo que dicen sobre los negros de Estados Unidos las leyes Jim Crow; sin embargo, esta segregación supuestamente igualitaria sólo ha servido para introducir las discriminaciones más extremas. No es casual: puede tratarse de una raza, de una casta, de un sexo reducidos a una condición inferior, pero los procesos de justificación son los mismos. «El eterno femenino» es el homólogo del «alma negra» y del «carácter judío». El problema judío es en cualquier caso muy diferente de los otros dos: para el

antisemita, el judío no es tanto un ser inferior como un enemigo y no se le reconoce espacio alguno en este mundo; se trata más bien de aniquilarlo. Encontramos, sin embargo, profundas analogías entre la situación de las mujeres y la de los negros: unas y otros se emancipan ahora de un mismo paternalismo y la casta que los oprimió quiere mantenerlos «en su lugar», es decir, en el lugar elegido para ellos; en ambos casos prodiga infinitas alabanzas más o menos sinceras sobre las virtudes del «buen negro» de alma inconsciente, infantil, risueña, del negro resignado, y de la «mujer mujer», es decir, frívola, pueril, irresponsable, la mujer sometida al hombre. En ambos casos, sus argumentos proceden del estado de hecho que ha creado la misma casta. Es bien conocida la frase de Bernard Shaw: «El norteamericano blanco —viene a decir— relega al negro al rango de limpiabotas: de ello deduce que sólo sirve para limpiar zapatos». Encontramos este círculo vicioso en múltiples circunstancias análogas: cuando se mantiene a un individuo o un grupo de individuos en situación de inferioridad, el hecho es que *es inferior*, pero tendríamos que ponernos de acuerdo sobre el alcance de la palabra *ser*, la mala fe consiste en darle un valor sustancial, cuando tiene un sentido dinámico hegeliano: *ser* es llegar a ser, es haber sido hecho tal y como le vemos manifestarse; sí, las mujeres en su conjunto *son* actualmente inferiores a los hombres, es decir, su situación les abre menos posibilidades: el problema es saber si este estado de cosas debe perpetuarse.

Muchos hombres lo desean: no todos han renunciado a ello. La burguesía conservadora sigue viendo en la emancipación de la mujer un peligro que amenaza su moral y sus intereses. Algunos varones temen la competencia femenina. En *Hebdo-Latin*, un estudiante declaraba el otro día: «Toda estudiante que llega a ser médico o abogado nos *roba* un puesto»; son las palabras de alguien que no se cuestiona sus derechos en este mundo. Los intereses económicos no son los únicos en juego. Uno de los beneficios que la opresión ofrece a los opresores es que el más humilde de ellos se siente *superior*: un «pobre blanco» del sur de los Estados Unidos tiene el consuelo de decirse que no es un «sucio negro»; los blancos más afortunados explotan hábilmente este orgullo. De la misma forma, el más mediocre de los varones se considera frente a las mujeres un semidiós. Era mucho más fácil para Montherlant considerarse un héroe cuando se enfrentaba con mujeres (elegidas por otra parte con este fin) que cuando tuvo que mantener ante otros hombres su papel de hombre: papel que muchas mujeres desempeñaron mejor que él. Por ejemplo, en septiembre de 1948 en uno de sus artículos del *Figaro Littéraire*, Claude Mauriac —cuya poderosa originalidad puede admirar todo el mundo— podía^[7] escribir sobre las mujeres: «Escuchamos con un tono (*¡sic!*) de educada indiferencia... a la más brillante de ellas, sabedores de que su espíritu refleja de forma más o menos deslumbrante ideas que les vienen de *nosotros*». Evidentemente, lo que refleja su interlocutora no son las ideas de Claude Mauriac en persona, habida cuenta de que no se le conoce ninguna; es posible que refleje las ideas que le vienen de los hombres, pero entre los mismos varones siempre hay más de uno que considera suyas opiniones que no ha discurrido;

podemos preguntarnos si Claude Mauriac no tendría interés en enfrentarse con un buen reflejo de Descartes, de Marx, de Gide, más que consigo mismo; lo más notable es que con el equívoco del *nosotros* se identifica con San Pablo, Hegel, Lenin, Nietzsche, y desde la altura de su grandeza considera desdeñosamente al rebaño de mujeres que se atreven a hablarle en pie de igualdad; a decir verdad, conozco a más de una que no tendría paciencia para conceder a Mauriac «un tono de educada indiferencia».

He insistido en este ejemplo porque la ingenuidad masculina es pasmosa. Los hombres tienen muchas maneras más sutiles de aprovecharse de la alteridad de la mujer. Para todos los que sufren complejo de inferioridad, se trata de un bálsamo milagroso: nadie es más arrogante, agresivo o desdeñoso con las mujeres que un hombre preocupado por su virilidad. Los que no se sienten intimidados por sus semejantes están también mucho más predispuestos a reconocer en la mujer a un semejante; pero incluso estos últimos se aferran, por muchas razones, al mito de la Mujer, de la Alteridad^[8]; no podemos reprocharles que no renuncien alegremente a todos los beneficios que obtienen con esta situación; saben lo que pierden si renuncian a la mujer tal y como la sueñan, pero ignoran lo que les aportará tal y como será en el futuro. Es necesaria mucha abnegación para rechazar una posición de Sujeto único y absoluto. Además, la gran mayoría de los hombres no asume explícitamente esta pretensión. No *posicionan* a la mujer como un ser inferior, están demasiado imbuidos del ideal democrático como para no reconocer que todos los seres humanos son iguales. Para el niño, el joven, la mujer está revestida en el seno de la familia de la misma dignidad social que los adultos varones; luego experimenta lleno de deseo y de amor la resistencia, la independencia de la mujer deseada y amada; una vez casado, respeta en la mujer a la esposa, la madre, y en la experiencia concreta de la vida conyugal, ella se afirma frente a él como una libertad. Así puede convencerse de que entre los sexos ya no existen jerarquías sociales y que más o menos, a pesar de las diferencias, la mujer es una igual. Como observa, no obstante, algunas inferioridades —la más importante es la incapacidad profesional— las achaca a la naturaleza. Cuando mantiene con la mujer una actitud de colaboración y buena voluntad, desarrolla el principio de la igualdad abstracta; sin embargo, la desigualdad concreta que puede comprobar, no es él quien la *enuncia*. Ahora bien, en cuanto entra en conflicto con ella, la situación se invierte: desarrolla el principio de la desigualdad concreta y se permitirá incluso negar la igualdad abstracta^[9]. Así es como muchos hombres afirman casi de buena fe que las mujeres *son* iguales al hombre, que no tienen nada que reivindicar y, *al mismo tiempo*, que las mujeres nunca podrán ser iguales al hombre y que sus reivindicaciones son vanas. Es difícil para el hombre medir la enorme importancia de discriminaciones sociales que desde fuera parecen insignificantes y cuyas repercusiones morales, intelectuales, son tan profundas en la mujer que puede parecer que tienen su causa en una naturaleza originaria^[10]. Por mucha simpatía que tenga el hombre por la mujer, nunca conoce

del todo su situación concreta. Por eso no se puede creer a los varones cuando se esfuerzan por defender unos privilegios cuyo alcance mismo son incapaces de medir. No nos dejaremos intimidar por el número y la violencia de los ataques dirigidos contra las mujeres, ni engañar por los elogios interesados que recibe la «mujer mujer»; ni ganar por el entusiasmo que suscita su destino entre hombres que no quisieran compartirlo por nada en el mundo.

No obstante, no debemos considerar con menor desconfianza los argumentos de las feministas: a menudo el afán de polémica los invalida totalmente. Si el «conflicto de las mujeres» es tan estéril, es porque la arrogancia masculina lo ha convertido en una polémica, y cuando se discute no se razona bien. Lo que se ha tratado de probar incansablemente es que la mujer es superior, inferior o igual al hombre. Creada después de Adán, es evidentemente un ser secundario, dicen los unos; por el contrario, dicen los otros, Adán sólo era un boceto y Dios logró la perfección en el ser humano cuando creó a Eva; su cerebro es más pequeño / pero es relativamente más grande; Cristo se hizo hombre / quizá fuera por humildad. Cada argumento trae enseguida su contrario y a menudo ambos se asientan sobre bases falsas. Si queremos intentar ver claro, hay que salir de este lodazal; hay que rechazar las vagas nociones de superioridad, inferioridad e igualdad que han pervertido todas las discusiones y partir de cero.

¿Y cómo plantearse la cuestión? En primer lugar, ¿quiénes somos para plantearla? Los hombres son juez y parte, las mujeres también. ¿Dónde encontrar un ángel? En realidad, un ángel no estaría demasiado cualificado para hablar, pues ignoraría todas las circunstancias del problema; en cuanto al hermafrodita, es un caso muy singular: no es al mismo tiempo hombre y mujer, sino más bien ni hombre ni mujer. Creo que para clarificar la situación de la mujer, algunas mujeres siguen ocupando la mejor posición. Es un sofisma pretender encerrar a Epiménides en el concepto de cretense y a los cretenses en el de mentirosos: la buena o la mala fe no les viene dictada a los hombres y a las mujeres por una misteriosa esencia; es su situación la que los predispone más o menos a buscar la verdad. Muchas mujeres de nuestro tiempo, que han tenido la suerte de recuperar todos los privilegios del ser humano, pueden darse el lujo de ser imparciales: para nosotras es hasta una necesidad. Ya no somos como nuestras mayores unas luchadoras, más o menos, hemos ganado la partida; en los últimos debates sobre la condición de la mujer, la ONU no ha dejado de reclamar imperiosamente que la igualdad de los sexos se haga por fin realidad y ya muchas de nosotras nunca han tenido que vivir su feminidad como una molestia o un obstáculo; hay muchos problemas que nos parecen más esenciales que los que nos afectan en particular; este mismo distanciamiento nos permite esperar que nuestra actitud será objetiva. No obstante, conocemos más íntimamente que los hombres el mundo femenino, porque en él tenemos nuestras raíces; captamos con mayor inmediatez lo que significa para un ser humano el hecho de ser femenino; y nos preocupamos más por saberlo. He dicho que había problemas más esenciales; eso no impide que éste

tenga para nosotros alguna importancia: ¿en qué medida el hecho de ser mujeres ha afectado a nuestra vida? ¿Qué oportunidades exactamente se nos han dado y cuáles se nos han negado? ¿Qué suerte les espera a nuestras hermanas más jóvenes y en qué sentido hay que orientarlas? Es curioso que el conjunto de la literatura femenina esté movido en nuestros días no tanto por una voluntad de reivindicación como por un esfuerzo de lucidez. Al salir de una era de polémicas desordenadas, este libro es un intento entre otros de situarnos.

Sin duda, es imposible tratar ningún problema humano sin tomar partido: la forma misma de plantear los problemas, las perspectivas adoptadas, suponen una jerarquía de intereses; toda cualidad envuelve unos valores; no existen descripciones supuestamente objetivas que no se alcen sobre un trasfondo ético. En lugar de tratar de disimular los principios que se sobrentienden más o menos explícitamente, más vale plantearlos; así no será necesario precisar en cada página el sentido que damos a las palabras superior, inferior, mejor, peor, avance, regresión, etcétera. Si examinamos algunas de las obras consagradas a la mujer, veremos que uno de los puntos de vista más habituales es el del bien público, el interés general. En realidad, cada cual entiende con ello el interés de la sociedad tal y como desea mantenerla o establecerla. Desde aquí consideramos que no hay más bien público que el que garantiza el bien privado de los ciudadanos; juzgamos las instituciones desde el punto de vista de las oportunidades concretas que procuran a los individuos. Tampoco hay que confundir la idea de interés privado con la de felicidad: se trata de otro punto de vista que se da con frecuencia: ¿las mujeres de un harén no son más felices que una electora? ¿El ama de casa no es más dichosa que una obrera? No sabemos demasiado lo que significa la palabra felicidad, y mucho menos cuáles son los valores auténticos que encubre; no hay ninguna posibilidad de medir la felicidad ajena y siempre es fácil declarar feliz una situación que se quiere imponer: en particular, cuando se condena a alguien a estancarse, se le declara feliz con el pretexto de que la felicidad es la inmovilidad. Por lo tanto, no nos vamos a referir a esta noción. La perspectiva que adoptamos es la de la moral existencialista. Todo sujeto se afirma concretamente a través de los proyectos como una trascendencia, sólo hace culminar su libertad cuando la supera constantemente hacia otras libertades; no hay más justificación de la existencia presente que su expansión hacia un futuro indefinidamente abierto. Cada vez que la trascendencia vuelve a caer en la inmanencia, se da una degradación de la existencia en un «en sí», de la libertad en facticidad; esta caída es una falta moral si el sujeto la consiente; si se le inflige, se transforma en una frustración y una opresión; en ambos casos, se trata de un mal absoluto. Todo individuo que se preocupe por justificar su existencia la vive como una necesidad indefinida de trascenderse. Ahora bien, lo que define de forma singular la situación de la mujer es que, siendo como todo ser humano una libertad autónoma, se descubre y se elige en un mundo en el que los hombres le imponen que se asuma como la Alteridad; se pretende petrificarla como objeto, condenarla a la inmanencia, ya que su trascendencia será

permanentemente trascendida por otra conciencia esencial y soberana. El drama de la mujer es este conflicto entre la reivindicación fundamental de todo sujeto que siempre se afirma como esencial y las exigencias de una situación que la convierte en inesencial. ¿Cómo puede realizarse un ser humano dentro de la condición femenina? ¿Qué caminos se le abren? ¿Cuáles conducen a un callejón sin salida? ¿Cómo recuperar la independencia en el seno de la dependencia? ¿Qué circunstancias limitan la libertad de la mujer? ¿Las puede superar? Son las preguntas fundamentales que quisiéramos dilucidar. Lo que viene a ser que, si nos interesamos por las oportunidades del individuo, no definiremos esas oportunidades en términos de felicidad, sino de libertad.

Es evidente que este problema no tendría ningún sentido si supusiésemos que pesa sobre la mujer un destino fisiológico, psicológico o económico. Por esta razón, empezaremos discutiendo los puntos de vista que tienen de la mujer la biología, el psicoanálisis, el materialismo histórico. A continuación trataremos de mostrar positivamente cómo se ha constituido la «realidad femenina», por qué la mujer ha sido definida como Alteridad y cuáles han sido las consecuencias desde el punto de vista de los hombres. Describiremos desde el punto de vista de las mujeres el mundo que se les ofrece^[11] y podremos comprender con qué dificultades tropiezan en el momento en que, tratando de evadirse de la esfera que se les ha asignado hasta ahora, pretenden participar en el *mitsein* humano.

PRIMERA PARTE
Destino

CAPÍTULO PRIMERO

Los datos de la biología

¿La mujer? Es muy sencillo, dicen los amantes de las fórmulas sencillas: es una matriz, un ovario; es una hembra, y basta esta palabra para definirla. En boca del hombre, el epíteto «hembra» suena como un insulto, y sin embargo, él no se avergüenza de su animalidad, está orgulloso de que se diga de él «¡Es un macho!». El término «hembra» es peyorativo, no porque arraigue a la mujer en la naturaleza, sino porque la confina dentro de los límites de su sexo; y si este sexo parece al hombre despreciable y enemigo, incluso entre los animales inocentes, es evidentemente a causa de la inquieta hostilidad que en él despierta la mujer, a pesar de lo cual quiere encontrar en la biología una justificación para este sentimiento. La palabra hembra despierta en él un cúmulo de imágenes: un enorme óvulo redondo atrapa al ágil espermatozoide y lo castra; monstruosa y repleta, la reina de las termitas reina sobre los machos esclavizados; la mantis religiosa, la araña, sexualmente satisfechas trituran a su compañero y lo devoran; la perra en celo recorre las calles dejando tras de sí una estela de olores perversos; la mona se exhibe impudicamente y se escabulle con una coquetería hipócrita; las fieras más soberbias, la tigresa, la leona, la pantera, se tumban servilmente ante la imperial asiduidad del macho. Inerte, impaciente, astuta, estúpida, insensible, lúbrica, feroz, humillada: el hombre proyecta sobre la mujer todas las hembras a la vez. Y el hecho es que es una hembra. Sin embargo, si queremos abandonar los tópicos, se nos plantean inmediatamente dos preguntas: ¿qué representa la hembra en el reino animal? ¿Qué especie singular de hembra se realiza en la mujer?

*

Machos y hembras son dos tipos de individuos que en el interior de una especie se diferencian con respecto a la reproducción; sólo es posible definirlos en correlación. En primer lugar, debemos destacar que el sentido mismo de la *sección* de las especies en dos sexos no está claro.

En la naturaleza, no es un hecho universal. Por hablar únicamente de los animales, es sabido que entre los unicelulares (infusorios, amebas, bacilos, etc.) la multiplicación está básicamente diferenciada de la sexualidad, pues las células se dividen y subdividen solitariamente. En algunos metazoos, la reproducción se realiza por esquizogénesis, es decir, división del individuo, cuyo origen es también asexual, o blastogénesis, es decir, división del individuo que ha sido producido por un fenómeno sexual: los fenómenos de brotación y de segmentación observados en la hidra de agua dulce, celentéreos, espongiarios, gusanos, tunicados, son ejemplos muy conocidos. En los fenómenos de partenogénesis, el huevo virgen se desarrolla como un embrión sin intervención del macho, que no desempeña ningún papel, o sólo un

papel secundario: los huevos de abeja no fecundados se subdividen y producen zánganos; entre los pulgones, los machos están ausentes durante una serie de generaciones y los huevos no fecundados producen hembras. Se ha reproducido artificialmente la partenogénesis en el erizo de mar, la estrella de mar, la rana. No obstante, entre los protozoos dos células pueden llegar a fusionarse, formando lo que se denomina un cigoto; la fecundación es necesaria para que los huevos de abeja den hembras, y machos los del pulgón. Algunos biólogos han deducido que incluso en las especies capaces de perpetuarse de forma unilateral, la renovación del germen mediante una mezcla de cromosomas extranjeros es útil para rejuvenecer y revigorar el linaje; se explicaría así que en las formas más complejas de la vida la sexualidad sea una función indispensable, pues sólo los organismos elementales podrían multiplicarse sin sexo, aunque agotando su vitalidad. Esta hipótesis está muy controvertida en la actualidad; algunas observaciones han demostrado que la multiplicación asexual puede producirse indefinidamente sin que se observe degeneración alguna; es un hecho especialmente llamativo entre los bacilos; las experiencias de partenogénesis se han hecho cada vez más numerosas, cada vez más audaces, y en muchas especies el macho aparece como radicalmente inútil. Por otra parte, aunque se demuestre la utilidad de un intercambio intercelular, en sí aparecería como un mero hecho injustificado. La biología da fe de la división de los sexos, pero por mucho que se apele al finalismo, no es posible deducirla, ni de la estructura de la célula, ni de las leyes de la multiplicación celular, ni de ningún fenómeno elemental.

La existencia de gametos^[1] heterogéneos no basta para definir dos sexos diferenciados; en realidad, es muy corriente que la diferenciación de las células generadoras no conlleve la escisión de la especie en dos tipos: ambas pueden pertenecer a un mismo individuo. Es el caso de las especies hermafroditas, tan numerosas entre las plantas y que se encuentra en muchos animales inferiores, entre otros los anélidos y los moluscos. La reproducción se realiza por autofecundación o por fecundación cruzada. Sobre este punto, algunos biólogos han pretendido legitimar el orden establecido. Consideran el gonocorismo, es decir, el sistema en el que las diferentes gónadas^[2] pertenecen a individuos diferentes, como un perfeccionamiento del hermafroditismo, realizado por vía evolutiva, pero otros pretenden por el contrario que el gonocorismo es primitivo: el hermafroditismo sería su degeneración. De todas formas estas nociones de superioridad de un sistema sobre otro implican, en lo que se refiere a la evolución, teorías de lo más discutibles. Todo lo que podemos afirmar con seguridad es que estos dos sistemas de reproducción coexisten en la naturaleza, que uno y otro se ocupan de la perpetuación de las especies y que la heterogeneidad de los organismos portadores de gónadas parece tan accidental como la de los gametos. La separación de los individuos en machos y hembras se presenta, pues, como un hecho irreductible y contingente.

La mayor parte de las filosofías lo han dado por hecho, sin pretender explicarlo. Conocemos el mito platónico: en un principio había hombres, mujeres y andróginos;

cada individuo poseía dos caras, cuatro brazos, cuatro piernas y dos cuerpos unidos; un día se dividieron en dos, «como se divide un huevo», y desde entonces cada mitad trata de encontrar a su mitad complementaria; los dioses decidieron más tarde que mediante el acoplamiento de dos mitades disímiles se crearían nuevos seres humanos. Sin embargo, esta historia sólo se propone explicar el amor: la división entre sexos se toma como punto de partida. Aristóteles tampoco la justifica: si bien toda acción exige la cooperación de la materia y de la forma, no es necesario que los principios activos y pasivos estén repartidos en dos categorías de individuos heterogéneos. Por ejemplo, Santo Tomás declara que la mujer es un ser «ocasional», lo que es una forma de afirmar —desde una perspectiva masculina— el carácter accidental de la sexualidad. Hegel hubiera sido infiel a su delirio racionalista si no hubiera tratado de darle un fundamento lógico. La sexualidad representa para él la mediación a través de la cual el sujeto se realiza concretamente como género. «El género en él es por ello, como tensión frente a la inadecuación de su realidad efectiva singular, el impulso a conseguir el sentimiento de sí mismo en el otro de su mismo género, de integrarse consigo mismo mediante la unión con él y mediante esa mediación concluir consigo al género y traerlo a la existencia: el apareamiento» (*Filosofía de la naturaleza*, 3.^a sección, § 369). Y dice un poco más adelante: «El proceso consiste en lo siguiente: lo que son en sí, es decir, un solo género, una sola y misma vida subjetiva, lo afirman también como tal». Y Hegel declara a continuación que, para que se lleve a cabo el proceso de acercamiento, antes tiene que haber diferenciación de los dos sexos. Sin embargo, su demostración no es convincente: se nota demasiado el apriorismo de reconocer en toda operación los tres momentos del silogismo. La superación del individuo hacia la especie, mediante la cual el individuo y la especie se realizan en su verdad, podría llevarse a cabo sin tercer término en la mera relación del generador con el hijo: la reproducción podría ser asexual. O la relación del uno con el otro podría ser la relación de dos semejantes, y la diferenciación residiría en la singularidad de los individuos de un mismo tipo, como ocurre en las especies hermafroditas. De la descripción de Hegel se desprende un importante significado de la sexualidad, pero su error sigue siendo querer convertir el significado en razón. Al ejercer la actividad sexual, los hombres definen los sexos y sus relaciones, como crean el sentido y el valor de todas las funciones que realizan, pero esta actividad no está necesariamente implicada en la naturaleza del ser humano. En la *Fenomenología de la percepción*, Merleau-Ponty pone de relieve que la existencia humana nos obliga a revisar las nociones de necesidad y de contingencia. «La existencia —dice— no tiene atributos fortuitos, no tiene contenido que no contribuya a darle su forma, no admite en sí misma el hecho puro, porque es el movimiento mediante el cual los hechos se asumen». Es cierto. Pero también es cierto que existen condiciones sin las que el hecho mismo de la existencia aparece como imposible. La presencia en el mundo implica rigurosamente la posición de un cuerpo que sea a la vez una cosa del mundo y un punto de vista sobre ese mundo, pero no es indispensable que este cuerpo

tenga tal o cual estructura particular. En *El Ser y la Nada*, Sartre discute la afirmación de Heidegger según la cual la realidad humana está condenada a la muerte por su carácter finito; establece que sería concebible una existencia finita y temporalmente ilimitada; no obstante, si la vida humana no estuviera habitada por la muerte, la relación del hombre con el mundo y consigo mismo cambiaría tan profundamente que la definición «el hombre es mortal» resulta ser mucho más que una verdad empírica: si fuese inmortal, un existente ya no sería lo que llamamos hombre. Una de las características esenciales de su destino es que el movimiento de su vida temporal crea tras él y ante él la infinitud del pasado y del futuro: la perpetuación de la especie aparece, pues, como un correlato de la limitación individual; podemos considerar así el fenómeno de la reproducción como ontológicamente fundamentado. Aquí debemos detenernos; la perpetuación de la especie no presupone la diferenciación sexual. Puede ser que ésta sea asumida por los existentes, de modo que acabe entrando en la definición concreta de la existencia. No por ello una conciencia sin cuerpo, un hombre inmortal dejan de ser rigurosamente inconcebibles, mientras que podemos imaginar una sociedad que se reproduzca por partenogénesis o formada por hermafroditas.

En cuanto al papel respectivo de ambos sexos, es un punto sobre el cual las opiniones han variado mucho; primero estuvieron desprovistas de todo fundamento científico, únicamente reflejaban mitos sociales. Durante mucho tiempo se pensó, y se sigue pensando en algunas sociedades primitivas de filiación uterina, que el padre no tenía ninguna participación en la concepción del hijo: las larvas ancestrales se infiltraban en forma de gérmenes vivos en el vientre materno. Al llegar el patriarcado, el macho reivindica firmemente su posteridad; no queda más remedio que conceder un papel a la madre en la procreación, pero se admite que se limita a llevar y a engordar la simiente viva: el padre es el único creador. Aristóteles imagina que el feto se produce por el encuentro del espermatozoide y el flujo menstrual: en esta simbiosis, la mujer aporta una materia pasiva; el principio masculino es la fuerza, la actividad, el movimiento, la vida. Es también la doctrina de Hipócrates, que reconoce dos especies de simientes, una débil o femenina y una fuerte o masculina. La teoría aristotélica se perpetuó a través de toda la Edad Media y hasta la Edad Moderna. A finales del siglo XVIII, Harvey, que sacrificó unas ciervas poco después de la cópula, encontró en los cuernos del útero unas vesículas que consideró huevos y que eran en realidad embriones. El danés Stenon dio el nombre de ovarios a las glándulas genitales femeninas, que se llamaban hasta entonces «testículos femeninos» y observó en su superficie la existencia de unas vesículas que Graaf en 1677 identificó equivocadamente con el huevo, y que recibieron su nombre. Se siguió considerando el ovario como un homólogo de la glándula masculina. Aquel mismo año se descubrieron los «animálculos espermáticos» y se comprobó que penetraban en el útero femenino, pero se creía que se limitaban a alimentarse y que el individuo ya estaba prefigurado en ellos. El holandés Hartsaker en 1694 dibujó una imagen del

homúnculo oculto en el espermatozoide, y en 1699 otro sabio declaró que había visto al espermatozoide expulsar una especie de muela bajo la cual aparecía un hombrecillo que también dibujó. La mujer se limitaba en estas hipótesis a engordar a un principio vivo y activo perfectamente constituido. Estas teorías tienen aceptación universal y los debates continúan hasta el siglo XIX. La invención del microscopio permite estudiar el huevo animal; en 1827, Baer identifica el huevo de los mamíferos: se trata de un elemento contenido en el interior de la vesícula de Graaf; pronto se pudo estudiar la segmentación; en 1835 se descubrieron el protoplasma, y después la célula; en 1877 se realizó una observación que mostraba la penetración del espermatozoide en el huevo de la estrella de mar; a partir de entonces quedó establecida la simetría de los núcleos de ambos gametos; su fusión se analizó detalladamente por primera vez en 1883 y lo hizo un zoólogo belga.

Sin embargo, las ideas de Aristóteles no han perdido todo su crédito. Hegel considera que los dos sexos deben ser diferentes: uno será activo y otro pasivo y es evidente que la pasividad le ha tocado a la hembra. «El hombre es, por esta diferenciación, el principio activo, mientras que la mujer es el principio pasivo porque permanece en su unidad no desarrollada»^[3]. Incluso una vez reconocido el óvulo como principio activo, los hombres intentaron contraponer su inercia y la agilidad del espermatozoide. Actualmente se dibuja una tendencia opuesta: los descubrimientos de la partenogénesis han llevado a algunos científicos a reducir el papel del macho al de un simple agente fisicoquímico. Se ha revelado que en algunas especies, la acción de un ácido o una excitación mecánica podían bastar para provocar la segmentación del huevo y el desarrollo del embrión; a partir de este punto, se ha deducido atrevidamente que el gameto masculino no era necesario para la generación, o que a lo sumo es un fermento; quizá la cooperación del hombre en la procreación será inútil algún día: al parecer es el deseo de gran número de mujeres. Sin embargo, nada avala una anticipación tan atrevida, porque no es posible universalizar los procesos específicos de la vida. Los fenómenos de la multiplicación asexual y de la partenogénesis no parecen ni más ni menos fundamentados que los de la reproducción sexual. Hemos dicho que en principio no había que dar prioridad a esta última, pero ningún hecho indica que se pueda reducir a un mecanismo elemental.

Así, rechazando toda doctrina *a priori*, toda teoría aventurada, nos encontramos ante un hecho al que no se le puede dar ni base ontológica, ni justificación empírica, y cuyo alcance no podemos comprender de entrada. Sólo al examinarlo en su realidad concreta podremos esperar alcanzar su significado: quizá entonces se nos revelará el significado de la palabra «hembra».

No pretendemos proponer aquí una filosofía de la vida; tampoco queremos tomar partido apresuradamente en la disputa que enfrenta al finalismo y el mecanicismo. No obstante, es notable que todos los fisiólogos y los biólogos utilicen un lenguaje más o menos finalista, por el hecho de que dan un sentido a los fenómenos vitales;

adoptaremos su vocabulario. Sin decidir nada en lo tocante a la relación entre vida y conciencia, podemos afirmar que todo hecho viviente indica una trascendencia, que en toda función se alimenta un proyecto: en nuestras descripciones no subyace nada más.

*

En la gran mayoría de las especies, los organismos masculinos y femeninos cooperan con el fin de reproducirse. Ambos se definen fundamentalmente por los gametos que producen. En algunas algas y algunos hongos estas células que se fusionan para producir un huevo son idénticas; estos casos de isogamia son significativos, pues manifiestan la equivalencia basal de los gametos; en general, estos últimos están diferenciados, pero su analogía es patente. Espermatozoides y óvulos se derivan de una evolución de células primitivamente idénticas: el desarrollo de las células primitivas femeninas como ovocitos difiere del de los espermatozoides en los fenómenos protoplásmicos, pero los fenómenos nucleares son básicamente los mismos. La idea expresada en 1903 por el biólogo Anceľ se sigue considerando válida hoy en día: «Una célula progerminadora indiferenciada se convertirá en masculina o femenina dependiendo de las condiciones que encuentre en la glándula genital en el momento de su aparición, condiciones reguladas por la transformación de algunas células epiteliales en elementos nutricios, elaboradores de un material especial». Este parentesco originario se expresa en la estructura de los dos gametos que, en el interior de cada especie, llevan el mismo número de cromosomas; en el momento de la fecundación, los dos núcleos confunden su sustancia y en cada uno se opera una reducción de los cromosomas a la mitad de su número primitivo; esta reducción se produce en ambos de forma análoga; las dos últimas divisiones del óvulo que llevan a la formación de los glóbulos polares equivalen a las últimas divisiones del espermatozoide. Ahora se piensa que en función de las especies, el gameto masculino o femenino decide la determinación del sexo: en los mamíferos, el espermatozoide posee un cromosoma heterogéneo con respecto a los demás cuyo potencial puede ser masculino o femenino. En cuanto a la transmisión de los caracteres hereditarios, según las leyes estadísticas de Mendel se realiza igualmente a través del padre y de la madre. Lo importante es destacar que en este encuentro ninguno de los gametos tiene prioridad sobre el otro: ambos sacrifican su individualidad, pues el huevo absorbe la totalidad de su sustancia. Existen dos prejuicios muy corrientes —al menos en este nivel biológico fundamental— que han resultado ser falsos: el primero es la pasividad de la hembra; la chispa de la vida no está encerrada en ninguno de los dos gametos y brota de su encuentro; el núcleo del óvulo es un principio vital exactamente simétrico al del espermatozoide. El segundo prejuicio contradice al primero, lo que no impide que coexistan con frecuencia: pretende que la permanencia de la especie está garantizada por la hembra, pues el principio masculino tiene una existencia explosiva y fugaz. En realidad, el embrión

perpetúa el germen del padre tanto como el de la madre y los retransmite juntos a sus descendientes en una forma masculina o femenina. Es, por así decirlo, un germen andrógino que, de generación en generación, sobrevive a los avatares individuales del soma.

Una vez dicho esto, entre el óvulo y el espermatozoide se observan diferencias secundarias muy interesantes; la singularidad esencial del óvulo es que está cargado con los materiales destinados a nutrir y a proteger al embrión; acumula reservas a expensas de las cuales el feto edificará sus tejidos, reservas que no son una sustancia viva, sino una materia inerte; por esta razón, presenta una forma maciza, esférica o elipsoidal, y es relativamente voluminoso; son conocidas las dimensiones que alcanza el huevo de pájaro; en la mujer, el óvulo mide 0,13 mm de diámetro; mientras que en el esperma humano encontramos 60.000 espermatozoides por milímetro cúbico: la masa del espermatozoide es extremadamente reducida, tiene una cola filiforme, una pequeña cabeza alargada, ninguna sustancia extraña lo entorpece, es todo vida; esta estructura lo aboca a la movilidad; por el contrario, el óvulo, en el que se encuentra almacenado el futuro del feto, es un elemento fijo: encerrado en el organismo femenino o suspendido en un medio exterior, espera pasivamente la fecundación; el gameto masculino sale en su busca; el espermatozoide siempre es una célula desnuda; el óvulo, según las especies, está protegido o no por una membrana, pero en todo caso, cuando el espermatozoide entra en contacto con él, lo mueve, lo hace oscilar y se infiltra en él: el gameto masculino abandona su cola, su cabeza se hincha y con un movimiento giratorio alcanza el núcleo; mientras tanto, el huevo forma una membrana que lo cierra a otros espermatozoides. Entre los equinoideos, en los que la fecundación es externa, es fácil de observar, alrededor del óvulo que flota inerte, la avalancha de espermatozoides que se colocan a su alrededor como una aureola. Esta competencia también es un fenómeno importante que encontramos en la mayor parte de las especies; mucho más pequeño que el óvulo, el espermatozoide se emite en general en cantidades mucho más considerables y cada óvulo tiene numerosos pretendientes.

De este modo, el óvulo, activo en su principio esencial, es decir, en el núcleo, es superficialmente pasivo; su masa cerrada sobre sí, abotargada, evoca el espesor nocturno y el reposo del en-sí: los antiguos representaban el mundo cerrado, el átomo opaco en forma de esfera; inmóvil, el óvulo espera; por el contrario, el espermatozoide, abierto, menudo, ágil, representa la impaciencia y la inquietud de la existencia. No hay que dejarse llevar por el placer de las alegorías: a menudo se ha asimilado el óvulo a la inmanencia y el espermatozoide a la transcendencia; renunciando a su transcendencia, a su movilidad, penetra en el elemento femenino: allí lo atrapa y lo castra la masa inerte que lo absorbe tras haberle mutilado la cola; se trata de una acción mágica, inquietante como todas las acciones pasivas; mientras tanto, la actividad del gameto masculino es racional, se trata de un movimiento que se puede medir con respecto al tiempo y al espacio. En realidad todo son divagaciones.

Gametos masculinos y femeninos se funden juntos en el huevo; juntos, se suprimen en su totalidad. Es falso pretender que el óvulo absorbe vorazmente al gameto masculino y también es falso decir que este último anexiona victoriosamente las reservas de la célula femenina, ya que en el acto que los confunde se pierde la individualidad de uno y otro. Y sin duda, para el pensamiento mecanicista el movimiento es el fenómeno racional por excelencia; pero para la física moderna no hay idea más clara que la de acción a distancia; se ignoran por otra parte los detalles de las acciones fisicoquímicas que desembocan en el encuentro fecundante. Es posible no obstante quedarnos de esta confrontación con una indicación valedera. En la vida se combinan dos movimientos: sólo se mantiene superándose, sólo se supera manteniéndose; estos dos momentos siempre se desarrollan al mismo tiempo, es abstracto pretender dividirlos: no obstante, puede predominar uno u otro. Los dos gametos en su unión se superan y se perpetúan al mismo tiempo; pero el óvulo, en su estructura, se anticipa a las necesidades venideras; está preparado para alimentar a la vida que se despertará en su interior; por el contrario, el espermatozoide no está equipado en modo alguno para garantizar el desarrollo del germen que suscita. Y el óvulo es incapaz de producir el cambio que provocará una explosión nueva de vida, mientras que el espermatozoide se desplaza. Sin la previsión ovular, la acción del espermatozoide sería vana, pero sin su iniciativa el óvulo no podría desarrollar sus posibilidades vivas. Concluimos, pues, que fundamentalmente el papel de ambos gametos es idéntico: crean juntos un ser vivo en el que ambos se pierden y se superan. En los fenómenos secundarios y superficiales que condicionan la fecundación, gracias al elemento masculino se opera la variación de situación necesaria para la eclosión nueva de la vida; gracias al elemento femenino, esta eclosión se fija en un organismo estable.

Sería un atrevimiento deducir de esta evidencia que el lugar de la mujer es el hogar; pero hay gente muy atrevida. En su libro *Temperamento y carácter*, Alfred Fouillée pretendía definir a la mujer en su totalidad a partir del óvulo, y al hombre a partir del espermatozoide; muchas teorías supuestamente profundas descansan en este juego de dudosas analogías. No sabemos demasiado a qué filosofía de la naturaleza remiten estos seudopensamientos. Si tenemos en cuenta las leyes de la herencia, hombres y mujeres salieron de un espermatozoide y de un óvulo. Supongo que en estas mentes confusas siguen flotando vestigios de la vieja filosofía medieval según la cual el cosmos era el reflejo exacto de un microcosmos: imaginamos que el óvulo es un homúnculo hembra, la mujer un óvulo gigante. Estos delirios abandonados desde los tiempos de la alquimia forman un curioso contraste con la precisión científica de las descripciones que sirven de base en el mismo instante: la biología moderna no se adapta demasiado al simbolismo medieval, pero ése es un detalle sin importancia. Si somos mínimamente escrupulosos, aceptaremos no obstante que del óvulo a la mujer hay mucho trecho. En el óvulo, ni siquiera está contenida la noción misma de hembra. Hegel observa atinadamente que la relación sexual no se deja

reducir a la relación entre los dos gametos. Necesitamos por lo tanto estudiar el organismo hembra en su totalidad.

Ya se ha dicho que en muchos vegetales y en algunos animales inferiores, como los moluscos, la especificación de los gametos no presupone la de los individuos, pues cada uno de ellos produce a un tiempo óvulos y espermatozoides. Incluso cuando se separan los sexos, no existen entre ellos barreras impermeables como las que dividen a las especies; de la misma forma que los gametos se definen a partir de un tejido original indiferenciado, machos y hembras aparecen más bien como variaciones sobre una base común. En algunos animales —el caso más típico es el de la bonelia— el embrión es primero asexual y las circunstancias de su desarrollo deciden posteriormente su sexualidad. Hoy en día se admite que en la mayor parte de las especies la determinación del sexo depende de la constitución genotípica del huevo. El huevo virgen de la abeja que se reproduce por partenogénesis produce únicamente machos; el de los pulgones en las mismas condiciones, exclusivamente hembras. Cuando se fecundan los huevos, es curioso comprobar que —salvo tal vez en algunas arañas— el número de individuos machos y hembras procreados es sensiblemente igual; la diferenciación procede de la heterogeneidad de uno de los dos tipos de gametos: en los mamíferos, los espermatozoides tienen una potencialidad masculina o una potencialidad femenina; no se conoce demasiado la circunstancia que, durante la espermatogénesis o la ovogénesis, decide el carácter singular de los gametos heterogéneos; en cualquier caso, las leyes estadísticas de Mendel bastan para explicar su distribución regular. Para los dos sexos, el proceso de fecundación y el comienzo del desarrollo embrionario se realizan de forma idéntica; el tejido epitelial destinado a transformarse en gónada es indiferenciado en un principio; en una fase determinada de maduración se afirman los testículos o, algo más tarde, el ovario. Es lo que explica que entre el hermafroditismo y el gonocorismo existan tantas fases intermedias; muy a menudo uno de los sexos posee algunos órganos característicos del sexo complementario: el caso más notable es el del sapo; se puede observar en el macho un ovario atrofiado denominado órgano de Bidder que se puede estimular artificialmente para que produzca huevos. Entre los mamíferos quedan vestigios de esta bipotencialidad sexual: entre otros, la hidátide pediculada y sésil, el útero masculino, las glándulas mamarias en el macho, y en la hembra el canal de Gärtner, el clítoris. Incluso en las especies en las que la división sexual es mayor, existen individuos que son macho y hembra al mismo tiempo: los casos de intersexualidad son numerosos en los animales y en el hombre; entre las mariposas, los crustáceos, encontramos ejemplos de ginandromorfismo en los que los caracteres masculinos y femeninos se yuxtaponen en una especie de mosaico. Es que, en su definición genotípica, el feto está muy influenciado por el medio en el que obtiene su sustancia: es sabido que entre las hormigas, las abejas, las termitas, el carácter de su nutrición determina que una larva se transforme en hembra completa o se limite su maduración sexual, quedando reducida al rango de obrera; la influencia en este caso afecta al

conjunto del organismo: en los insectos, el *soma* está sexualmente definido en una fase muy precoz y no depende de las gónadas. En los vertebrados, el papel regulador depende básicamente de las hormonas que emanan de las gónadas. Se ha demostrado con una serie de experiencias que haciendo variar el medio endocrino se podía actuar sobre la determinación del sexo; otras experiencias de injerto y de castración realizadas en animales adultos han llevado a la teoría moderna de la sexualidad: entre los machos y las hembras de los vertebrados, el soma es idéntico, podemos considerarlo un elemento neutro; lo que le da sus características sexuales es la acción de la gónada; algunas hormonas segregadas actúan como estimulantes y otras como inhibidores; el propio tracto genital es de naturaleza somática y la embriología muestra que se precisa por influencia de las hormonas a partir de una base bisexual. Existe intersexualidad cuando no se ha alcanzado el equilibrio hormonal y ninguna de las potencialidades sexuales se ha realizado plenamente.

Distribuidos por igual en la especie, evolucionados de forma análoga a partir de raíces idénticas, los organismos masculinos y femeninos, una vez terminada su formación, aparecen como profundamente simétricos. Ambos se caracterizan por la presencia de glándulas productoras de gametos, ovarios o testículos, pues los procesos de espermatogénesis y de ovogénesis son análogos, como ya hemos visto; estas glándulas depositan su secreción en un canal más o menos complejo según la jerarquía de las especies: la hembra deja escapar el huevo directamente por el oviducto o lo retiene en la cloaca o en un útero diferenciado antes de expulsarlo; el macho lanza el semen al exterior o está provisto de un órgano copulador que le permite introducirlo en la hembra. Estadísticamente, macho y hembra aparecen como dos tipos complementarios. Hay que considerarlos desde un punto de vista funcional para captar su singularidad.

Es muy difícil dar una descripción universalmente válida de la noción de hembra; definirla como portadora de óvulos y al macho como portador de espermatozoides es muy insuficiente, pues la relación del organismo con las gónadas es muy variable; a la inversa, la diferenciación de los gametos no afecta directamente al conjunto del organismo; se ha pretendido en ocasiones que como el óvulo era mayor consumía más fuerza viva que el espermatozoide, pero este último se segrega en cantidad infinitamente más considerable, de modo que en ambos sexos se compensa el desgaste. Se ha querido ver en la espermatogénesis un ejemplo de prodigalidad y en la ovulación un modelo de economía, pero también en esta última se da una profusión absurda; la inmensa mayoría de los óvulos nunca llegan a ser fecundados. De todas formas, gametos y gónadas no nos ofrecen un microcosmos del organismo en su totalidad. Por lo tanto, debemos estudiar directamente este último.

Cuando recorremos los grados de la escala animal, uno de los rasgos más notables es que de abajo arriba la vida se individualiza; abajo se utiliza únicamente para la conservación de la especie; arriba se prodiga a través de individuos singulares. En las especies rudimentarias, el organismo queda prácticamente reducido al aparato

reproductor; en este caso, existe una primacía del óvulo, es decir, de la hembra, porque el óvulo está prácticamente consagrado a la repetición de la vida; sin embargo, la hembra no es más que un abdomen y su existencia está totalmente devorada por el trabajo de una monstruosa ovulación. Alcanza con respecto al macho dimensiones gigantes, pero a menudo sus miembros no son más que muñones, su cuerpo un saco informe, todos los órganos degeneran en beneficio de los huevos. En realidad, aunque constituyen dos organismos diferenciados, machos y hembras pueden considerarse apenas como individuos, ya que forman un todo con elementos indisolublemente ligados: se trata de los casos intermedios entre el hermafroditismo y el gonocorismo. Por ejemplo, entre los entonécidos, que son unos parásitos del cangrejo, la hembra es como una morcilla blanquecina rodeada de laminillas incubadoras que encierran millares de huevos. Entre ellos se encuentran minúsculos machos y larvas destinadas a sustituirlos. El sometimiento del macho enano es mayor todavía en el *edriolyidnus*: está fijado bajo el opérculo de la hembra, no posee tubo digestivo personal, su papel es únicamente reproductor. En todos los casos, la hembra no está menos sometida que él, está sometida a la especie: si el macho está atado a su esposa, ella está atada a un organismo vivo del que se alimenta como un parásito o a un sustrato mineral; se consume produciendo huevos que el macho minúsculo fecunda. Cuando la vida adopta formas más complejas aparece una autonomía individual y el vínculo que une a los sexos se debilita; sin embargo, entre los insectos siguen estando ambos estrechamente subordinados a los huevos. A menudo, como entre las efímeras, los dos esposos mueren inmediatamente después del coito y la puesta; a veces, como entre los rotíferos y los mosquitos, el macho, desprovisto de aparato digestivo, muere tras la fecundación, mientras que la hembra se puede alimentar y sobrevive: es porque la formación de los huevos y la puesta necesitan tiempo; la madre expira en cuanto ha asegurado la generación siguiente. El privilegio que tiene la hembra en gran número de insectos viene de que la fecundación es un proceso generalmente muy rápido, mientras que la ovulación y la incubación de los huevos exigen un trabajo largo. Entre las termitas, la enorme reina, atiborrada de papilla, que pone un huevo por segundo hasta que, ya estéril, es masacrada sin piedad, no es menos esclava que el macho enano fijado en su abdomen que fecunda los huevos a medida que van saliendo. En los matriarcados como los hormigueros o las colmenas, los machos son importunos que se liquidan en cada estación: en el momento del vuelo nupcial todas las hormigas macho se escapan del hormiguero y vuelan hacia las hembras; si las alcanzan y las fecundan, mueren inmediatamente, agotadas; si no, las obreras no las dejan volver, las matan ante la puerta o las dejan morir de hambre; pero la hembra fecundada tiene un triste destino: se hunde solitaria en tierra y a menudo muere de agotamiento al poner los primeros huevos; si consigue formar un hormiguero, pasa en él doce años encerrada poniendo sin pausa; las obreras, que son hembras con la sexualidad atrofiada, viven cuatro años, pero una vida totalmente consagrada a criar larvas. Lo mismo ocurre entre las abejas: el

zángano que se une a la reina en su vuelo nupcial cae al suelo destripado; los otros zánganos vuelven a la colmena donde llevan una existencia ociosa y engorrosa; al comenzar el invierno son ejecutados. Sin embargo, las hembras abortadas que son las obreras compran su derecho a la vida con un trabajo incesante; la reina es en realidad esclava de la colmena; pone sin reposo; cuando a la muerte de la vieja reina se alimenta a varias larvas para poder asegurar la sucesión, la primera que sale mata a las otras en la cuna. Entre las arañas gigantes, la hembra lleva sus huevos en una bolsa hasta que maduran: es mucho más grande y más robusta que el macho, y a veces lo devora tras la cópula; observamos las mismas costumbres en la mantis religiosa, alrededor de la cual ha cristalizado el mito de la feminidad devoradora: el óvulo castra al espermatozoide, la mantis asesina a su esposo, hecho que parece prefigurar un sueño femenino de castración. En realidad, la mantis manifiesta tanta crueldad cuando se encuentra en cautividad: en libertad, y si los alimentos son abundantes, es muy raro que se coma al macho; si lo hace es como la hormiga solitaria se come algunos de sus propios huevos: con el fin de encontrar fuerza para poner más y perpetuar la especie. Ver en estos hechos un anuncio de la «guerra de sexos» en la que se enfrentan individuos como tales, es un desvarío. Ni entre las hormigas, las abejas, las termitas, ni entre las arañas o las mantis religiosas podemos decir que la hembra somete y devora al macho: se trata de la especie que, por caminos diferentes, los devora a ambos. La hembra vive más tiempo y parece tener más importancia, pero no tiene ninguna autonomía: la puesta, la incubación, el cuidado de las larvas forman todo su destino; sus otras funciones están total o parcialmente atrofiadas. En el macho, por el contrario, se esboza una existencia individual. Muy a menudo manifiesta en la fecundación más iniciativa que la hembra; es él quien sale en su busca, la ataca, la palpa, la toma y le impone el coito; a veces, tiene que luchar con otros machos. Consecuentemente, sus órganos de la locomoción, del tacto, de la prensión, están a menudo más evolucionados; muchas mariposas hembra son ápteras, mientras que los machos tienen alas; los machos tienen colores, élitros, patas, pinzas más desarrolladas; a menudo esta riqueza se acompaña con un lujo vano de colores brillantes. Salvo el coito fugaz, la vida del macho es inútil, gratuita: al lado de la diligencia de las obreras, la ociosidad de los zánganos es un privilegio notable. Sin embargo, este privilegio es un escándalo: a menudo el macho paga con su vida una futilidad con visos de independencia. La especie que ha convertido a las hembras en esclavas castiga al macho que pretende escapar: lo suprime brutalmente.

En las formas más elaboradas de la vida, la reproducción se convierte en producción de organismos diferenciados; adopta un doble aspecto: al mantener la especie, crea también nuevos individuos; este aspecto innovador se afirma a medida que se confirma la singularidad del individuo. Lo curioso es que, a partir de este punto, los dos momentos de la perpetuación y de la creación se dividen; esta escisión, ya apuntada en el momento de la fecundación del huevo, se reproduce en el conjunto

del fenómeno generador. Esta división no la controla la estructura misma del óvulo; la hembra tiene como el macho alguna autonomía y su vínculo con el óvulo se afloja; el pez, el batracio, el ave hembras son algo más que un abdomen; cuanto menos estrecho es el vínculo de la madre con el huevo, menos absorbente es el trabajo del parto, mayor indeterminación existe en la relación de los padres con su progenitura. Puede que sea el padre el responsable de alimentar a las vidas recién nacidas; es algo frecuente entre los peces. El agua es un elemento susceptible de llevar los óvulos y el esperma y de hacer que se encuentren; la fecundación en medio acuático es casi siempre externa; los peces no se aparean: como mucho algunos se frotan unos contra otros para estimularse. La madre expulsa los óvulos, el padre el semen; su papel es idéntico: no hay razón para que la madre reconozca los huevos como más suyos que el padre. En algunas especies, los padres los abandonan y se desarrollan sin ayuda; a veces la madre les ha preparado el nido; a veces los cuida tras la fecundación, pero es más corriente que el padre se haga cargo de ellos: una vez fecundados, expulsa a la hembra que trata de devorarlos, los defiende ferozmente de cualquiera que se acerque; algunos forman una especie de nido protector emitiendo burbujas de aire recubiertas de una sustancia aislante; a menudo incuban los huevos en la boca o, como el hipocampo, en los pliegues de su vientre. Se han observado entre los batracios fenómenos similares: no conocen el verdadero coito, el macho abraza a la hembra y así estimula la puesta: a medida que los huevos salen de la cloaca, él deja escapar su semen. Es muy frecuente —en particular en el sapo conocido con el nombre de sapo partero— que el padre, enrollando alrededor de sus patas los rosarios de huevos, los lleve consigo asegurando su eclosión. En las aves, la formación del huevo en el interior de la hembra se realiza con bastante lentitud, el huevo es relativamente grande y se expulsa con bastante dificultad; tiene con la madre relaciones mucho más estrechas que con el padre que lo ha fecundado en un coito rápido; en general, la hembra lo incuba y cuida después a los polluelos; hay casos bastante raros —por ejemplo, entre los pájaros— en los que el macho los incuba y los cría. Las palomas macho y hembra segregan en su buche una especie de leche con la que alimentan a los pichones. Lo curioso es que en todos los casos en los que el padre se ocupa de la cría, durante el periodo que consagra a su progenitura la espermatogénesis se interrumpe; ocupado en mantener la vida, pierde el impulso de suscitar formas nuevas.

Entre los mamíferos la vida adopta formas más complejas y se individualiza más concretamente. La escisión de los dos momentos vitales —mantener y crear— se opera de forma definitiva en la separación de los sexos. En este caso —si tenemos únicamente en cuenta a los vertebrados— la madre mantiene con su progenitura relaciones más estrechas y el padre se desinteresa más; todo el organismo de la hembra está adaptado a la servidumbre de la maternidad y controlado por ella, mientras que la iniciativa sexual corresponde al macho. La hembra es presa de la especie; durante una o dos estaciones, según los casos, toda su vida está regulada por

un ciclo sexual, el ciclo del estro, con una duración y un ritmo de sucesión que varían de una especie a otra; este ciclo se descompone en dos fases: durante la primera, maduran los óvulos (en número variable según las especies) y en el útero se desarrolla un proceso de nidificación; durante la segunda, se produce una necrosis grasa que desemboca en la eliminación del edificio así elaborado en forma de flujo blanquecino. El estro corresponde al periodo del celo, pero el celo tiene en la hembra un carácter pasivo; está preparada para recibir al macho, espera; puede ocurrir incluso entre los mamíferos —también entre algunas aves— que ella lo busque, pero se limita a llamarlo con gritos, paradas o exhibiciones; no es capaz de imponerle el coito. A fin de cuentas, la decisión le corresponde a él. Se ha observado incluso entre los insectos que, a pesar de que la hembra, por su total sacrificio a la especie, obtiene privilegios tan grandes, en general la fecundación la provoca el macho; entre los peces es frecuente que invite a la hembra a poner con su presencia o mediante toques; entre los batracios actúa como estimulador. Se impone a ella sobre todo entre las aves y los mamíferos; en general ella lo sufre con indiferencia o incluso se resiste. Provocadora o consintiente, siempre es él el que *toma*: ella es *tomada*. La palabra tiene a menudo un sentido muy preciso: a veces porque posee órganos adaptados o porque el macho, al ser más fuerte, la atrapa y la inmoviliza; él realiza activamente los movimientos del coito; en muchos insectos, entre las aves y los mamíferos, la penetra. Ella aparece así como una interioridad violada. El macho no violenta a la especie, porque ésta sólo se perpetúa al renovarse, perecería si los óvulos y los espermatozoides no se uniesen; la hembra, encargada de proteger el huevo, lo encierra en ella misma y en su cuerpo, que constituye para el óvulo un refugio, lo sustrae también a la acción fecundante del macho; es una resistencia que hay que quebrar, mientras que, al penetrar, el macho se realiza como actividad. Su dominio se expresa en la postura del coito: en casi todos los animales, el macho está *sobre* la hembra. Sin duda, el órgano que utiliza es también material, pero se descubre en su aspecto animado: es una herramienta, mientras que en esta operación el órgano femenino sólo es un receptáculo inerte. El macho deposita su semen; la mujer lo recibe. De esta forma, aunque desempeñe en la procreación un papel fundamentalmente activo, *padece* el coito que la aliena mediante la penetración y la fecundación interna, aunque experimente la necesidad sexual como una necesidad individual, puesto que cuando está en celo a menudo busca al macho, vive la aventura sexual en lo inmediato como una historia interior y no como una relación con el mundo y con el otro. La diferencia fundamental entre el macho y la hembra de los mamíferos es que, en un mismo y rápido instante, el espermatozoide, mediante el cual la vida del macho trasciende a otro yo, pasa a serle ajeno y se separa de su cuerpo; de esta forma, el macho, en el momento en que supera su individualidad, se encierra en ella de nuevo. Por el contrario, el óvulo ha empezado a separarse de la hembra cuando, ya maduro, se separa del folículo para caer en el oviducto; pero penetrado por un gameto extraño se instala en el útero: primero violada, la hembra es

después alienada; lleva el feto en su vientre hasta una fase de maduración variable según las especies: la cobaya nace casi adulta, el perro muy cerca del estado fetal; habitada por una alteridad que se alimenta de su sustancia, la hembra durante todo el proceso de la gestación es a un tiempo ella misma y algo ajeno a ella misma; tras el parto, alimenta al recién nacido con la leche de sus mamas. No se sabe bien cuándo se lo puede considerar como autónomo: ¿en el momento de la fecundación, del nacimiento o del destete? Es curioso que cuanto más aparece la hembra como un individuo separado, más imperiosamente se afirma la continuidad viviente más allá de toda separación: el pez, el ave, que expulsan el óvulo virgen o el huevo fecundado están menos atrapados por su progenitura que la hembra del mamífero. Esta última recupera la autonomía tras el nacimiento de los pequeños, cuando se establece entre ella y ellos una relación a distancia; a partir de esta separación se consagra a ellos; se ocupa de ellos con iniciativa e inventiva, lucha para defenderlos contra otros animales y llega a ser agresiva. Normalmente no trata de afirmar su individualidad, no se enfrenta con los machos o con otras hembras, no tiene instinto combativo^[4]; a pesar de las aserciones hoy controvertidas de Darwin, acepta sin elegir demasiado al macho que se le presenta. No es porque no posea cualidades individuales, todo lo contrario; en los periodos en que escapa a la servidumbre de la maternidad a veces puede igualarse con el macho: la yegua es tan rápida como el caballo, la perra de caza tiene tanto olfato como el perro, las monas manifiestan en cautividad tanta inteligencia como los monos. Simplemente, no reivindican esta individualidad: la hembra abdica en beneficio de la especie, que exige esta abdicación.

El destino del macho es muy diferente; acabamos de ver que incluso al superarse se separa y se confirma en sí mismo. Este rasgo es constante, desde el insecto a los animales superiores. Incluso los peces y los cetáceos que viven en bancos, blandamente disueltos en la colectividad, se separan en el momento del celo; se aíslan y se vuelven agresivos con otros machos. La sexualidad, inmediata en la hembra, está mediatizada en el macho: existe una distancia entre el deseo y su satisfacción que colma activamente; se mueve, busca, palpa a la hembra, la acaricia, la inmoviliza antes de penetrarla; a menudo tiene más desarrollados los órganos que sirven para las funciones de relación, locomoción y prensión. Es curioso que el impulso vital que produce en él la multiplicación de los espermatozoides se traduzca también por la aparición de un plumaje deslumbrante, escamas brillantes, cuernos, astas, crines, canto, exuberancia; ya no se cree que la «librea nupcial» que reviste en el momento del celo o sus paradas seductoras tengan una finalidad selectiva, pero manifiestan la potencia de la vida que se despliega en él con un lujo gratuito y magnífico. Esta generosidad vital, la actividad desplegada para la cópula, y en el coito mismo la afirmación dominadora de su poder sobre la hembra, todo contribuye a posicionar al individuo como tal en el momento de su superación vital. Tiene razón Hegel cuando ve en el macho el elemento subjetivo mientras que la hembra sigue envuelta en la especie. Subjetividad y separación significan inmediatamente conflicto. La

agresividad es una de las características del macho en celo; no se explica por la competencia, porque el número de hembras es muy similar al de machos; la competencia se explica más bien en función de esta voluntad combativa. Diríase que antes de procrear, el macho, reivindicando como propiamente suyo el acto que perpetúa la especie, confirma en su lucha contra sus congéneres la verdad de su individualidad. La hembra está habitada por la especie, que absorbe gran parte de su vida individual; el macho, por el contrario, integra en su vida individual las fuerzas vitales específicas. Sin duda, está sometido él también a leyes que le superan; está la espermatogénesis, el celo periódico, pero estos procesos afectan mucho menos al conjunto del organismo que el ciclo del estro; la producción de espermatozoides no produce fatiga, como tampoco la ovogénesis propiamente dicha; el trabajo absorbente para la hembra está en el desarrollo del huevo y su transformación en un animal adulto. El coito es una operación rápida que no disminuye la vitalidad del macho. No manifiesta prácticamente ningún instinto paternal. A menudo abandona a la hembra tras la cópula. Cuando permanece cerca de ella como jefe de un grupo familiar (familia monogámica, harén o rebaño), si desempeña un papel protector y nutricional con respecto a la comunidad; es raro que se interese directamente en los hijos. En estas especies favorables al desarrollo de la vida individual, el esfuerzo del macho hacia la autonomía —que en los animales inferiores causa su pérdida— es coronado por el éxito. En general es más grande que la hembra, más robusto, más rápido, más osado; lleva una vida más independiente y realiza actividades más gratuitas; es más conquistador, más imperioso: en las sociedades animales siempre manda él.

En la naturaleza nada está totalmente claro: los dos tipos, macho y hembra, no siempre se diferencian con claridad; se observa a veces entre ellos un dimorfismo —color del pelaje, disposición de las manchas y colores— que parece absolutamente contingente; en otros casos no son fáciles de diferenciar y sus funciones se asemejan, como hemos visto en los peces. No obstante, en su conjunto, y sobre todo en la zona más alta de la escala animal, los dos sexos representan dos aspectos diferentes de la vida de la especie. Su oposición no es, como se ha pretendido, la de una actividad y una pasividad: no sólo el núcleo ovular es activo, sino que el desarrollo del embrión es un proceso vivo, no un desarrollo mecánico. Sería muy fácil definirla como la del cambio y la permanencia: el espermatozoide sólo crea porque en el huevo su vitalidad se mantiene; el óvulo sólo se puede mantener superándose, o entra en regresión y degenera. No obstante, es cierto que en estas operaciones, ambas activas, mantener y crear, la síntesis del devenir no se realiza de la misma forma. Mantener es negar la dispersión de los instantes, es afirmar la continuidad en el transcurso de su brotación; crear es hacer estallar en el seno de la unidad temporal un presente irreductible, separado; es cierto también que en la hembra la continuidad de la vida trata de hacerse realidad a pesar de la separación; mientras que la separación en fuerzas nuevas e individualizadas se suscita por la iniciativa masculina; se le permite, pues, afirmarse en su autonomía; integra la energía específica en su propia vida; por el

contrario, la individualidad de la hembra es combatida por el interés de la especie; aparece como poseída por potencias extrañas: alienada. Por esta razón, a medida que la individualidad de los organismos se afirma, la oposición de los sexos no se atenúa: todo lo contrario. El macho encuentra caminos cada vez más diversos para gastar las fuerzas que tiene bajo su control; la hembra siente cada vez más su sometimiento; el conflicto entre sus intereses propios y los de las fuerzas generadoras que la habitan se agudiza. El parto de las vacas, de las yeguas es mucho más doloroso y peligroso que el de las ratas o las conejas. La mujer, que es la más individualizada de las hembras, aparece también como la más frágil, la que vive más dramáticamente su destino y se diferencia más profundamente de su macho.

En la humanidad, como en la mayor parte de las especies, nacen prácticamente los mismos individuos de ambos sexos (100 niñas por cada 104 niños); la evolución de los embriones es similar; no obstante, el epitelio primitivo permanece neutro durante más tiempo en el feto hembra; el resultado es que está sometido durante más tiempo a la influencia del medio hormonal y que su desarrollo se invierte con más frecuencia; la mayor parte de los hermafroditas son sujetos genotípicamente femeninos que se han masculinizado más tarde: es como si el organismo masculino se definiera desde el principio como tal, mientras que el embrión hembra duda en aceptar su feminidad; sin embargo, estos primeros balbuceos de la vida fetal se conocen demasiado poco como para darles un sentido. Una vez constituidos, los aparatos genitales son simétricos en ambos sexos; las hormonas de uno y otro pertenecen a la misma familia química, la de los esteróles, y todas tienen a fin de cuentas como precursor el colesterol; son ellas las que controlan las diferencias secundarias del soma. Ni sus fórmulas, ni sus singularidades anatómicas definen a la hembra humana como tal. Su evolución funcional es lo que la diferencia del macho. Comparativamente, el desarrollo del hombre es sencillo. Del nacimiento a la pubertad, crece con bastante regularidad; hacia los quince o dieciséis años empieza la espermatogénesis, que se mantiene de forma continuada hasta la vejez; su aparición se acompaña con una producción de hormonas que precisa la constitución viril del soma. Desde entonces, el macho tiene una vida sexual que se integra normalmente en su existencia individual: en el deseo, en el coito, su superación hacia la especie se confunde con el momento subjetivo de su transcendencia: es su cuerpo. La historia de la mujer es mucho más compleja. La provisión de ovocitos está definitivamente constituida desde su vida embrionaria; el ovario contiene aproximadamente cincuenta mil óvulos encerrados cada uno en un folículo, de los que madurarán unos cuatrocientos; desde su nacimiento, la especie ha tomado posesión de ella y trata de afirmarse: al venir al mundo, la mujer atraviesa una especie de primera pubertad; los ovocitos engordan repentinamente y el ovario se reduce en una quinta parte aproximadamente: es como si se hubiera concedido una tregua a la niña; mientras su organismo se desarrolla, su sistema genital permanece prácticamente estacionario: algunos folículos se hinchan, pero sin llegar a la madurez; el crecimiento de la niña es

análogo al del niño: a la misma edad puede ser incluso más grande y más pesada que él. Sin embargo, en el momento de la pubertad, la especie reafirma sus derechos: por influencia de sus secreciones ováricas, aumenta el número de folículos en vías de crecimiento, el ovario se congestiona y aumenta de tamaño, uno de los óvulos llega a su madurez y se abre el ciclo menstrual; el sistema genital adopta su volumen y su forma definitivos, el soma se feminiza, se establece el equilibrio endocrino. Es notable que este acontecimiento adopte la forma de una *crisis*; el cuerpo de la mujer no deja a la especie instalarse en ella sin resistencia; este combate la debilita y la pone en peligro: antes de la pubertad, mueren prácticamente tantos niños como niñas; de los catorce a los dieciocho años mueren 128 niñas por cada 100 niños y de dieciocho a veintidós años, 105 por cada 100. En este momento pueden aparecer clorosis, tuberculosis, escoliosis, osteomielitis, etc. En algunos sujetos, la pubertad es anormalmente precoz: puede producirse hacia los cuatro o cinco años. En otros, por el contrario, no se pone en marcha: el sujeto queda infantil, sufre amenorrea o dismenorrea. Algunas mujeres presentan rasgos viriles: un exceso de secreciones elaboradas por las glándulas suprarrenales les dan caracteres masculinos. Estas anomalías no representan en absoluto victorias del individuo sobre la tiranía de la especie: no hay modo alguno de escaparle, porque al mismo tiempo que esclaviza la vida individual, la alimenta; esta dualidad se expresa en las funciones ováricas; la vitalidad de la mujer tiene sus raíces en el ovario, como la del hombre en sus testículos: en ambos casos, el individuo castrado no sólo es estéril: entra en regresión y degenera; no «formado», malformado, todo el organismo se empobrece y se desequilibra; sólo se desarrolla a medida que lo hace el sistema genital; y sin embargo, muchos fenómenos genitales no son necesarios para la vida singular del sujeto e incluso la ponen en peligro. Las glándulas mamarias, que se desarrollan en el momento de la pubertad, no tienen ningún papel en la economía individual de la mujer: en cualquier momento de su vida se le pueden extirpar. Muchas de las secreciones ováricas tienen su finalidad en el óvulo, en su maduración, en la adaptación del útero a sus necesidades; para el conjunto del organismo son un factor de desequilibrio más que de regulación; la mujer está adaptada a las necesidades del óvulo más que a ella misma. De la pubertad a la menopausia, es la sede de una historia que se desarrolla en ella y que no la implica personalmente. Los anglosajones llaman a la menstruación *the curse*, «la maldición»; efectivamente, no hay en el ciclo menstrual ninguna finalidad individual. Se creía en tiempos de Aristóteles que cada mes fluía una sangre destinada a formar, en caso de fecundación, la sangre y la carne del niño; la verdad de esta vieja teoría es que la mujer recomienza sin tregua el trabajo de la gestación. En los otros mamíferos este ciclo del estro sólo se desarrolla durante una estación y no se acompaña de flujo de sangre; sólo en los simios superiores y en la mujer se desarrolla cada mes con dolor y sangre^[5]. Durante catorce días aproximadamente, uno de los folículos de Graaf que envuelven los óvulos crece en volumen y madura mientras que el ovario segrega la hormona situada en los

folículos, denominada foliculina. El día catorce se realiza la puesta: la pared del folículo se rompe (lo que supone a veces una ligera hemorragia), el huevo cae en las trompas mientras que la cicatriz evoluciona para convertirse en el cuerpo lúteo. Entonces comienza la segunda fase o fase luteínica caracterizada por la secreción de la hormona denominada progesterona que actúa sobre el útero. Éste se modifica: el sistema capilar de la pared se congestiona; ésta se plisa, se arruga, formando como un encaje; se prepara así en la matriz una cuna destinada a recibir el óvulo fecundado. Estas transformaciones celulares son irreversibles y en el caso en que no haya fecundación esta construcción no se reabsorbe; quizá en otros mamíferos los restos inútiles son arrastrados por el sistema linfático, pero en la mujer, cuando se desprenden las secreciones endométricas, se produce una exfoliación de la mucosa, los capilares se abren y una masa sanguínea fluye al exterior. Luego, mientras degenera el cuerpo lúteo, la mucosa se reconstruye y comienza una nueva fase folicular. Este proceso complejo, bastante misterioso en sus detalles, afecta a todo el organismo, ya que se acompaña con secreciones hormonales que actúan sobre la tiroides y la hipófisis, sobre el sistema nervioso central y el sistema vegetativo, y por consiguiente sobre todas las vísceras. Casi todas las mujeres —más del 85%— presentan trastornos durante este periodo. La tensión arterial sube antes de que comience el sangrado y baja después; la velocidad del pulso y a menudo la temperatura aumentan (son frecuentes los casos de fiebre); el abdomen se vuelve doloroso; se observa a menudo una tendencia al estreñimiento seguida de diarreas; a menudo también aumenta el volumen del hígado, hay retención de urea, albuminuria; muchos sujetos presentan una hiperemia de la mucosa pituitaria (dolor de garganta) y algunos trastornos de la vista y el oído; la secreción de sudor aumenta y se acompaña al comienzo de las reglas con un olor *sui generis* que puede ser muy fuerte y durar toda la menstruación. El metabolismo basal sube. El número de glóbulos rojos disminuye; sin embargo, se encuentran en la sangre sustancias que generalmente se almacenan en los tejidos, en particular sales de calcio; la presencia de estas sales provoca reacciones en el ovario, la tiroides, que se hipertrofia, la hipófisis, que controla la metamorfosis de la mucosa uterina y cuya actividad aumenta; esta inestabilidad de las glándulas provoca una gran fragilidad nerviosa; queda afectado el sistema central y a menudo aparecen cefaleas, y el sistema vegetativo reacciona de forma exagerada; disminuye el control automático del sistema central, lo que libera reflejos, complejos convulsivos, que se traducen por un humor sumamente inestable: la mujer se muestra más emotiva, más nerviosa, más irritable que de costumbre y puede presentar trastornos psíquicos graves. En este periodo es cuando más vive su cuerpo como una cosa opaca, alienada; es presa de una vida obstinada y extraña que hace y deshace cada mes una cuna en ella; cada mes un niño se prepara para nacer y aborta con el desprendimiento de los velos rojos: la mujer, como el hombre, es su cuerpo^[6]: pero su cuerpo es una cosa ajena a ella.

La mujer vive una alienación más profunda cuando el óvulo fecundado baja al

útero y se desarrolla en él; la gestación es un fenómeno evidentemente normal, que cuando se produce en condiciones normales de salud y de nutrición no es perjudicial para la madre: se establece incluso entre ella y el feto una serie de interacciones que le son favorables; no obstante, al contrario de lo que pretende una teoría optimista cuya utilidad social es demasiado evidente, la gestación es una labor agotadora que no presenta para la mujer un beneficio individual^[7] y exige por el contrario duros sacrificios. Se suele acompañar en los primeros meses por una falta de apetito y por vómitos que no se observan en ninguna otra hembra y que manifiestan una rebelión del organismo contra la especie que toma posesión de él; se empobrece en fósforo, calcio, hierro, siendo este último déficit muy difícil de colmar más adelante; la hiperactividad del metabolismo acelera el sistema endocrino; el sistema nervioso negativo está en estado de mayor excitabilidad; en cuanto a la sangre, disminuye su peso específico, está anémica, es similar «a la de los ayunadores, las personas en estado de inanición o que hayan sufrido repetidas sangrías, los convalecientes»^[8]. Todo lo que una mujer sana y bien alimentada puede esperar es recuperarse tras el parto sin demasiada dificultad, pero a menudo se producen durante el embarazo accidentes graves, o al menos desórdenes peligrosos; si la mujer no es robusta, si no cuida su higiene, quedará prematuramente deformada y envejecida por las maternidades: es una situación frecuente y conocida en el campo. El parto en sí es doloroso; es peligroso. Esta crisis permite ver con mayor claridad que el cuerpo no siempre da satisfacción al individuo y a la especie al mismo tiempo; el niño puede morir y también puede matar a su madre al nacer, o su nacimiento le puede provocar una enfermedad crónica. La lactancia también es una servidumbre agotadora; un conjunto de factores —el principal es sin duda la aparición de una hormona, la progesterona— lleva a las glándulas mamarias la secreción de la leche; la subida es dolorosa, se suele acompañar con fiebre y la nodriza alimenta al recién nacido en detrimento de su propio vigor. El conflicto especie-individuo, que en el parto puede adoptar un aspecto dramático, da al cuerpo femenino una fragilidad inquietante. Se suele decir que las mujeres «tienen enfermedades en el vientre»; es cierto que encierran en ellas un elemento hostil: la especie las corroe. Muchas de sus enfermedades no son el resultado de una infección de origen externo, sino de un desarreglo interno: las falsas metritis se producen por una reacción de la mucosa uterina ante una excitación ovárica anormal; si el cuerpo lúteo persiste en lugar de reabsorberse tras la menstruación, provoca salpingitis y endometritis, etc.

La mujer escapa al dominio de la especie con otra crisis difícil: entre los cuarenta y cinco y los cincuenta años se desarrollan los fenómenos de la menopausia, inversos con respecto a los de la pubertad. La actividad ovárica disminuye y llega a desaparecer; esta desaparición supone un empobrecimiento vital del individuo. Se supone que las glándulas catabólicas, tiroides e hipófisis, se esfuerzan por suplir las insuficiencias del ovario; por ejemplo, se observan junto a la depresión menopáusica fenómenos de excitación: oleadas de calor, hipertensión, nerviosismo; a veces se da

una recrudescencia del instinto sexual. Algunas mujeres fijan grasa en sus tejidos, otras se virilizan. En muchas se restablece el equilibrio endocrino. Entonces la mujer queda liberada de las servidumbres de la hembra; no es comparable a un eunuco, pues su vitalidad está intacta; no obstante, ya no es presa de las potencias que la superan: coincide con ella misma. Se ha dicho a veces que las mujeres mayores constituyen «un tercer sexo»; efectivamente, no son varones, pero tampoco son hembras; a menudo esta autonomía fisiológica se traduce por una salud, un equilibrio, un vigor que antes no tenían.

A las diferencias propiamente sexuales se superponen en la mujer singularidades que son más o menos sus consecuencias directas; las acciones hormonales determinan su soma. Como media, es de menor estatura que el hombre, menos pesada, su esqueleto es más fino, las caderas más anchas, adaptadas a las funciones de la gestación y del parto; su tejido conjuntivo fija la grasa y sus formas son más redondeadas que las del hombre; el aspecto general (morfología de la piel, sistema piloso, etc.) es claramente diferente en ambos sexos. La fuerza muscular es mucho menor en la mujer: aproximadamente dos tercios de la del hombre; tiene menor capacidad respiratoria: los pulmones, la tráquea y la laringe son más pequeños; la diferencia de la laringe también provoca diferencias en la voz. El peso específico de la sangre es menor en las mujeres: fija menos la hemoglobina; por lo tanto, son menos robustas, están más predispuestas a la anemia. Su pulso late más deprisa, su sistema vascular es más inestable: se ruborizan fácilmente. La inestabilidad es un rasgo curioso de su organismo en general; el hombre tiene un metabolismo del calcio estable, mientras que la mujer fija muchas menos sales de calcio, y las elimina durante las reglas y durante el embarazo: al parecer, los ovarios tienen una acción catabólica respecto al calcio; esta inestabilidad provoca desórdenes en los ovarios y en la tiroides, que está más desarrollada en ella que en el hombre. La irregularidad de las secreciones endocrinas incide en el sistema nervioso vegetativo; el control nervioso y muscular es imperfecto. Esta falta de estabilidad y de control es la causa de su emotividad, directamente ligada a las variaciones vasculares: palpitaciones, rubor, etc.; por todo ello están sometidas a diferentes manifestaciones convulsivas: lágrimas, risa nerviosa, crisis de nervios.

Vemos que muchos de estos rasgos proceden de la subordinación de la mujer a la especie. Es la conclusión más llamativa de este examen: de todas las hembras de mamíferos, es la más profundamente alienada y la que se resiste más violentamente a esta alienación; en ninguna el sometimiento del organismo a la función reproductora es más imperioso ni más difícilmente aceptado: crisis de la pubertad y de la menopausia, «maldición» mensual, embarazo largo y a menudo difícil, parto doloroso y a veces peligroso, enfermedades, accidentes, son característicos de la hembra humana: es como si su destino se hiciera más pesado a medida que se rebela contra él afirmándose como individuo. Si la comparamos con el macho, éste resulta infinitamente privilegiado: su vida genital no interfiere con su existencia personal; se

desarrolla de forma continuada, sin crisis, y generalmente sin accidentes. Como media, las mujeres viven tanto tiempo como los hombres, pero están enfermas con mucha mayor frecuencia y hay numerosos periodos en los que no pueden disponer de ellas mismas.

Estos elementos biológicos son de enorme importancia: desempeñan en la historia de la mujer un papel de primer plano, son un elemento esencial de su situación: en todas nuestras descripciones ulteriores nos referiremos a ello. Y es que, dado que el cuerpo es el instrumento que tenemos para relacionarnos con el mundo, el mundo se presenta muy diferente en función de que lo vivamos de una manera o de otra. Por esta razón los hemos estudiado tan profundamente, porque son una de las claves que permiten comprender a la mujer. Sin embargo, lo que rechazamos es la idea de que constituyan para ella un destino predeterminado. No bastan para definir la jerarquía de los sexos; no explican por qué la mujer es la Alteridad; no la condenan a conservar para siempre este papel subordinado.

*

Se pretende a menudo que la mera fisiología permitiría responder a estas preguntas: ¿existen las mismas oportunidades de éxito individual para ambos sexos? ¿Cuál desempeña en la especie el papel más importante? Sin embargo, el primero de esos problemas no se presenta de la misma forma para la mujer y para el resto de las hembras, porque los animales constituyen especies concretas para las que es posible presentar unas descripciones estáticas: basta relacionar las observaciones para decidir si la yegua es o no tan rápida como el caballo, si los chimpancés macho realizan las pruebas intelectuales mejor que sus compañeras; sin embargo, la humanidad está en evolución constante. Algunos sabios materialistas pretendieron plantear el problema de una forma puramente estática; imbuidos de la teoría del paralelismo psicofisiológico, trataron de realizar comparaciones matemáticas entre los organismos masculinos y femeninos: imaginaban que estas mediciones definían de forma inmediata sus capacidades funcionales. Citaré un ejemplo de las discusiones ociosas que ha suscitado este método. Como se suponía que, por misteriosas vías, el cerebro segrega el pensamiento, pareció muy importante decidir si el peso medio del encéfalo femenino era o no menor que el del masculino. Se vio que, como media, el primero pesa 1.220 gramos y el segundo 1.360, con una variación para el encéfalo femenino de 1.000 a 1.500 gramos y para el masculino de 1.150 a 1.700 gramos. Sin embargo, el peso absoluto no es significativo, por lo que se decidió tener en cuenta el peso relativo. Se vio que era de 1/48,4 para el hombre y de 1/44,2 para la mujer, por lo que la posición de esta última sería más ventajosa. No, hay que volver a rectificar: en estas comparaciones, el organismo más pequeño siempre sale beneficiado; para hacer abstracción correctamente del cuerpo comparando dos grupos de individuos hay que dividir el peso del encéfalo por la potencia 0,56 del peso del cuerpo si pertenecen a la misma especie. Se considera que hombres y mujeres representan dos

tipos diferentes. Obtenemos así los resultados siguientes:

Para el hombre:

$$P_{0,56} = 498 \quad \frac{1.360}{498} = 2,73$$

Para la mujer:

$$P_{0,56} = 446 \quad \frac{1.220}{446} = 2,74$$

Llegamos, pues, a la igualdad. Lo que deja sin interés estos debates tan minuciosos es que no se ha podido establecer ninguna relación entre el peso del encéfalo y el desarrollo de la inteligencia. Tampoco se puede dar una interpretación psíquica de las fórmulas químicas que definen las hormonas masculinas y femeninas. Por nuestra parte, rechazamos categóricamente la idea de un paralelismo psicofisiológico; se trata de una doctrina cuyos fundamentos han sido desautorizados definitivamente y desde hace mucho tiempo. Si la señalo es porque, aunque está filosófica y científicamente acabada, sigue obsesionando a muchos: hemos visto cómo perduran algunos de sus vestigios más antiguos. Rechazamos asimismo cualquier sistema de referencias en el que subyazca la existencia de una jerarquía *natural* de valores, por ejemplo una jerarquía evolutiva; es ocioso preguntarse si el cuerpo femenino es o no más infantil que el del hombre, si se acerca más o menos al de los primates superiores, etc. Todas estas disertaciones, que mezclan un vago naturalismo con una ética o una estética todavía más vagas, son pura palabrería. Solamente es posible comparar a la hembra y al macho de la especie humana desde una perspectiva asimismo humana. La definición del hombre es la de un ser que no viene dado, que obra para ser lo que es. Como ha dicho acertadamente Merleau-Ponty, el hombre no es una especie natural: es una idea histórica. La mujer no es una realidad inmutable, sino un devenir; habría que confrontarla con el hombre en su devenir, es decir, habría que definir sus *posibilidades*: lo que falsea tantos debates es que cuando se plantea la cuestión de su capacidad se la quiere reducir a lo que ha sido, a lo que es en la actualidad; el hecho es que las capacidades sólo se manifiestan con evidencia cuando se han hecho realidad, pero es un hecho también que cuando se trata de un ser que es trascendencia y superación, nunca se pueden dar las cuentas por cerradas.

Se dirá que, desde la perspectiva que adopto —la de Heidegger, Sartre, Merleau-Ponty—, si el cuerpo no es una *cosa*, es una situación: es nuestra forma de aprehender el mundo y el esbozo de nuestros proyectos. La mujer es más débil que el hombre, tiene menos fuerza muscular, menos glóbulos rojos, menor capacidad respiratoria; corre menos deprisa, levanta menos peso, no hay prácticamente ningún deporte en el que se pueda medir con él; no puede enfrentarse con el varón en la

lucha. A esta debilidad se suman la inestabilidad, la falta de control y la fragilidad que hemos mencionado: son hechos. Su forma de aprehender el mundo es por lo tanto más limitada; tiene menos firmeza y menos perseverancia en proyectos que también es menos capaz de llevar a cabo. Es como decir que su vida individual es menos rica que la del hombre.

En realidad, estos hechos son innegables, pero no tienen sentido en ellos mismos. Cuando aceptamos una perspectiva humana, que define el cuerpo a partir de la existencia, la biología se convierte en una ciencia abstracta; en el momento en que la circunstancia fisiológica (inferioridad muscular) reviste un significado, aparece como dependiente de todo un contexto; la «debilidad» sólo es tal a la luz de los objetivos que el hombre se propone, de los instrumentos de que dispone y de las leyes que se impone. Si no quisiera aprehender el mundo, la idea misma de *asidero* sobre las cosas no tendría sentido; cuando en esta aprehensión no es necesario el uso pleno de la fuerza corporal, por debajo del mínimo utilizable, las diferencias se anulan; allá donde las costumbres prohíben la violencia, la energía muscular no puede fundamentar un dominio: son necesarias referencias existenciales, económicas y morales para definir concretamente la noción de *debilidad*. Se ha dicho que la especie humana era una antifisis; la expresión no es totalmente exacta, pues el hombre no puede contradecir sus circunstancias, pero constituye su verdad por la forma en que las asume; la naturaleza sólo tiene realidad para él en la medida en que se engloba en su acción, y su propia naturaleza no es una excepción. Al igual que no es posible medir en abstracto su forma de aprehender el mundo, tampoco lo es medir la carga que constituye para la mujer su función generadora: la relación de la maternidad con la vida individual está naturalmente regulada en los animales por el ciclo del celo y de las estaciones; en la mujer es indefinida; sólo la sociedad la puede decidir; según exija más o menos nacimientos, según sean las condiciones higiénicas en las que se desarrollen el embarazo y el parto, el sometimiento de la mujer a la especie será más o menos estrecho. Si bien podemos decir que entre los animales superiores la existencia individual se afirma más imperiosamente en el macho que en la hembra, en la humanidad las «posibilidades» individuales dependen de la situación económica y social.

De todas formas, los privilegios individuales del macho no siempre le confieren la superioridad en el seno de la especie; la hembra reconquista en la maternidad una autonomía diferente. Algunas veces impone su dominio: es el caso, por ejemplo, de los monos estudiados por Zuckermann; pero a menudo las dos mitades de la pareja llevan una vida independiente; el león comparte con la leona a partes iguales las labores familiares. El caso de la especie humana tampoco se deja reducir aquí a ningún otro; los hombres no se definen de entrada como individuos; nunca hombres y mujeres se desafiaron en combate singular; la pareja es un *mitsein* original que aparece siempre como un elemento fijo o transitorio de un colectivo más amplio; en el seno de estas sociedades, ¿quién es más necesario para la especie, el macho o la

hembra? En los gametos, en las funciones biológicas de la cópula y la gestación, el principio masculino crea para mantener, el principio femenino mantiene para crear: ¿qué pasa con esta división en la vida social? Para las especies fijadas a organismos extraños o a sustratos, para las que reciben de la naturaleza alimentos abundantes y sin esfuerzo, el papel del macho se limita a la fecundación; cuando hay que buscar, cazar, luchar para asegurar la comida necesaria a los pequeños, el macho colabora a menudo en su mantenimiento; esta cooperación pasa a ser absolutamente indispensable en una especie en la que los hijos son absolutamente incapaces de atender a sus necesidades durante mucho tiempo después del destete: en ese caso el trabajo del macho adopta una enorme importancia; las vidas que ha suscitado no podrían mantenerse sin él. Basta un macho para fecundar cada año a muchas hembras; pero para que después sus hijos sobrevivan, para defenderlos de los enemigos, para arrancar a la naturaleza todo aquello que necesitan, los machos son necesarios. El equilibrio de las fuerzas productoras y reproductoras se realiza de forma diferente en los distintos momentos económicos de la historia humana, que condicionan la relación del macho y de la hembra con los hijos y, por lo tanto, de ellos entre sí. Ya estamos saliendo del campo de la biología: no podría bastar para establecer la primacía de uno de los sexos en lo que se refiere al papel que desempeña en la perpetuación de la especie.

Finalmente, una sociedad no es una especie: en ella la especie se realiza como existencia; se trasciende hacia el mundo y hacia el futuro; sus costumbres no se deducen de la biología; los individuos nunca quedan librados a su naturaleza, obedecen a la segunda naturaleza que es la costumbre, y en la que se reflejan deseos y temores que manifiestan su actitud ontológica. Si el sujeto toma conciencia de sí mismo y se realiza, no es como cuerpo, sino como cuerpo sometido a tabúes, a leyes: se valora en función de valores determinados. Una vez más, la fisiología no puede fundamentar valores; las circunstancias biológicas revisten los valores que les confiere lo existente. Si el respeto o el miedo que inspira la mujer impiden el uso de la violencia contra ella, la superioridad muscular del macho no es fuente de poder. Si las costumbres —como en algunas tribus indias— quieren que las muchachas sean quienes eligen marido, o si es el padre quien decide sobre los matrimonios, la agresividad sexual del macho no le confiere ninguna iniciativa, ningún privilegio. La relación íntima de la madre con el hijo será para ella fuente de dignidad o de indignidad, según el valor que se conceda al niño, que puede ser muy variable; y esta relación misma, ya lo hemos dicho, estará reconocida o no en función de los prejuicios sociales.

Así pues, tendremos que estudiar las circunstancias biológicas a la luz de un contexto ontológico, económico, social y psicológico. El sometimiento de la mujer a la especie, los límites de sus capacidades individuales, son hechos de enorme importancia; el cuerpo de la mujer es uno de los elementos esenciales de la situación que ocupa en este mundo. Sin embargo, no basta con definirlo; sólo tiene realidad

vital en la medida en que lo asume la conciencia a través de las acciones y en el seno de una sociedad; la biología no es suficiente para ofrecer una respuesta a la pregunta que nos ocupa: ¿por qué la mujer es *Alteridad*? Se trata de saber cómo se ha encarnado en ella la naturaleza en el transcurso de la historia; se trata de saber lo que la humanidad ha hecho con la hembra humana.